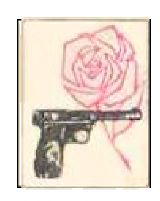


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Conspiración

Conspiración. (Del lat. *conspiratio, onis*). 1. f. Acción de conspirar (unirse contra un superior). 2. f. Acción de conspirar (unirse contra un particular).

Sin embargo, a veces las cosas o cuestiones no son tan simples. Por ejemplo, he aquí lo que en determinada situación les dice Brigitte a dos personajes muy peculiares:

—Miren, a cambio de un cigarrillo les puedo contar la más grande historia jamás imaginada. Una historia que podríamos titular «Conspiración de gentes que deberían estar en el infierno». ¿Les interesa?



Lou Carrigan

Conspiración

Brigitte en acción - 466

ePub r1.1
Titivillus 07.01.2018

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

—Hay cosas que nunca entenderé en la vida —dijo de mal talante Frank Minello—… ¿Y sabes cuál es una de ellas?

—¿Cuál, Frankie? —se interesó Brigitte.

—Que cada día la gente, en lugar evolucionar para bien lo esté haciendo al revés, esto es, evolucionando para mal. ¿Me comprendes?

—Desde luego. Pero quizás estás exagerando un poco, querido. Eso de decir que cada día la gente es más mala resulta un poco fuerte, ¿no te parece?

—Lo digo y lo mantengo. —Minello agitó airadamente el periódico que llevaba en la mano derecha, muy bien doblado—. Por ejemplo esta noticia que… ¿Adónde vas?

—De viaje —casi rio Brigitte, cerrando su maletín rojo con florecillas azules estampadas—. Si hubieras llegado a casa diez minutos más tarde ya no me habrías encontrado. ¿Cuál es la noticia que te ha indignado tanto?

Minello refunfuñó algo, se sentó en el borde de la cama de Brigitte, y echó un vistazo en torno, como perplejo. Había estado en aquella habitación cientos de veces, aunque no como él hubiese querido, y la conocía muy bien; pero a pesar de esto, de tantas y tantas veces como había entrado allí, seguía percibiendo aquella extraña sensación como de hallarse en un lugar siempre nuevo, siempre limpio, siempre como si el aire, la atmósfera de la habitación fuese continuamente renovada…

Y de repente, después de tantos años, Frank Minello supo qué era lo que aquella habitación tenía de extraordinario.

La revelación fue tan súbita, tan inesperada, que no pudo contener una exclamación.

—¿Qué te pasa? —se interesó Brigitte, deteniéndose en su tarea de colocar ropa en una maleta.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya sé qué es lo extraño de esta habitación!

—¿Extraño? ¿Hay aquí algo extraño? ¿Qué es?

Minello seguía como maravillado. Brigitte alzó las cejas, y miró detenidamente su habitación, que por supuesto conocía perfectamente y mejor que nadie. Sobria, elegante y alegre, en una bien lograda ambientación que se favorecía por la luz del día que desde el ventanal de la terraza se esparcía uniformemente por todo el amplio dormitorio, en el que predominaban los tonos blancos y azules.

—Soy un imbécil —aseguró Minello—… ¡Debí captar esto hace mucho tiempo!

—No tienes nada de imbécil —rio Brigitte—. Pero dime a qué te refieres, y podremos discutir el asunto. Aunque te adelanto que yo no veo nada extraño en mi habitación.

—Pues lo hay. Y precisamente está relacionado con lo que decíamos hace un momento, todo eso de que la gente está evolucionando hacia el mal. En esta habitación sucede todo lo contrario… Yo creía que me encontraba bien aquí porque es tu habitación, y al amarte a ti amo todo lo tuyo. Pero no es eso. Mejor dicho, no es sólo eso. Además, en esta habitación hay… como una sensación… de ausencia del mal. Es un lugar en el que tienes la certeza de que no puede sobrevenirte ningún mal. Mira, hay sitios en los que, nada más entrar, percibes… sensaciones molestas, inquietantes; incluso hay sitios en los que sientes… como si te doliese algo. En esos sitios tengo la sensación de que alguien que ha estado allí ha dejado sembrado todo el mal del mundo, y ese mal se… desarrolla, crece, adquiere más fuerza. Aquí es todo lo contrario… ¿Te parece que estoy diciendo tonterías?

—Frankie —murmuró Brigitte—: tú nunca dices tonterías; haces el tonto a veces, que no es lo mismo. Yo también he experimentado esa sensación casi angustiosa de presencia del mal en muchos sitios.

Minello asintió, y quedó pensativo. Brigitte terminó de colocar ropa en la maleta, y la cerró. Miró la hora en su reloj de pulsera. Minello la miró de pronto, como despertando de un lejano sueño.

—¿No podría acompañarte? —sugirió.

—Mejor que no. Tengo que irme ya, Frankie. Pero me gustaría saber cuál es esa noticia que te ha alterado tanto.

—Ah, sí —Minello volvió a blandir el periódico, que era un

ejemplar del Morning News—... Por supuesto, tú ya conoces la noticia, puesto que aparece en tu Sección Internacional. Aunque no la firmas tú.

—Si no la firmo yo es que no la he escrito yo —volvió a reír la divina periodista-espía—... ¿Cuál es la noticia?

—La del tipo ese, el tal Nabil Kombe.

—Ah, sí. Bueno, la noticia no la firmo yo, ni nadie de mi sección, porque procede de una Agencia de Prensa. La han publicado todos los periódicos del mundo, Frankie. No tiene ningún mérito periodístico.

—Sí, ya sé lo que quieres decir. Bueno, maldita sea, todo es una asquerosidad, ¿no estás de acuerdo? Ese Nabil Kombe merece que alguien le corte el cuello. ¡Menudo hijoputa! Ha armado un follón tremendo con su maldito tráfico de armas y mientras tanto él se está dando la gran vida en la Costa Azul... ¡De buena gana lo mataba a patadas!

—La verdad es que no es un personaje que resulte simpático —admitió Brigitte—. ¡Y eso que es muy guapo!

Minello frunció el ceño. Echó un vistazo a la foto que aparecía en el periódico, volvió a refunfuñar, y dijo claramente:

—Ésta es una de las personas que me ratifican en mi opinión de que cada vez el ser humano es más malo. Ya sé que no es justo medir a todos por igual, pero es que hay cosas que me enfurecen... Hace unas semanas todo el mundo acosaba al gobierno norteamericano de ese envío masivo de armas a Centroamérica, asegurando que con ellas favorecía sus intereses. Y después de todo este tiempo acusando todo el mundo a Washington resulta que las armas las había enviado ese Nabil Kombe del demonio, efectuando así uno de sus grandes negocios internacionales. ¡Y el muy cínico dice que cada cual trafica con lo que le reporta mayores beneficios, y se queda tan tranquilo!

¿Quieres que te lleve al aeropuerto?

—No, gracias. Ya he pedido un taxi.

—Pues vaya. ¿Por qué no puedo llevarte yo?

—Porque no quiero que te molestes. Ya sé que no es una molestia para ti, pero yo prefiero ir allá en taxi. Es más práctico.

—Bueno, te acompañaré hasta el taxi.

—Será suficiente que me acompañes hasta el ascensor. Luego te

quedas haciendo compañía a Peggy y os bebéis una botella de champán a mi salud.

—Ésa es una buena idea —admitió Minello, cargando con la maleta de Brigitte—… Dime la verdad: ¿ha intervenido la CIA en el descubrimiento de ese asunto de Nabil Kombe?

—Sí. Pero yo no he intervenido. Simplemente, un grupo de agentes consiguió la información y la deslizó a la prensa, descubriendo a Nabil Kombe.

—Pues tienes que admitir que en esta ocasión la CIA ha hecho un buen trabajo: el mundo entero estaba acusando a Washington, y además se apuntaba precisamente la posibilidad de que varios generales norteamericanos hubieran realizado ese envío de un modo… particular.

—Las cosas estaban muy mal, en efecto —asintió Brigitte, abandonando la habitación, seguida por Minello—… Si la CIA no hubiera descubierto la participación de Nabil Kombe, es decir, su responsabilidad directa en ese tráfico de armas, en estos momentos cinco generales norteamericanos estarían en un grave aprieto. Incluso se empezaba a decir que había pruebas de que habían sido ellos quienes habían enviado las armas a Centroamérica.

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas?

—Lo ignoro. Y además, puesto que se ha demostrado que el causante del asunto era Nabil Kombe, es lógico suponer que no existían tales pruebas… Pero ya sabes que siempre hay gente que aprovecha cualquier ocasión para enturbiar el prestigio norteamericano.

—Sí, ya sé —gruñó Minello—. Bueno, es tranquilizador que todo haya terminado bien para Estados Unidos, pero sigo pensando que ese tipo merece un buen escarmiento. ¡Y está tan ricamente en la Costa Azul, instalado en su yate fabuloso…! Nunca recuerdo su nombre.

—¿El del yate? Afrikaan.

—Eso, Afrikaan. De buena gana iría a Niza a cargarme a ese sujeto…

¡Aunque vaya usted a saber dónde está ahora, seguramente está muy lejos de Niza!

—No. Sigue en aguas de Niza, en Baie des Anges.

—Ah. ¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues porque me he enterado.

—Claro. ¿No te despides de Peggy?

—Ya me despedí antes. Además, ella no está ahora en casa. Cuando supo que ibas a venir dijo que seguramente te quedarías a cenar, y decidió comprar una cena especial.

—Zambomba, ¡es muy atento por parte de Peggy! —Frank abrió la puerta del apartamento, y ambos salieron al amplio pasillo—. Bueno, ¿y adónde vas tú esta vez?

—A Europa.

—Ya. A Villa Tartaruga, claro.

—No.

—¿No vas a reunirte con Número Uno? ¿Adónde vas, entonces?

—Voy a Niza.

—A Niza —repitió Minello, pulsando el timbre del ascensor para que acudiera—… A Niza, has dicho.

—Sí, a Niza.

—¿Por algo relacionado con la CIA?

—No. Voy por mi cuenta.

—Por tu cuenta.

—Sí —sonrió gélidamente Brigitte Montfort, alias «Baby»—… Cosas mías.

—¿Quieres decir cosas referentes al periodismo?

—No.

—O sea, que no vas allá como periodista.

—No.

El ascensor llegó. Brigitte abrió la puerta, y miró a Minello, que seguía inmóvil, mirándola.

—¿Ves como soy un imbécil? —murmuró—. Desde el primer momento he debido adivinar que ibas a Niza.

—No te pases de listo ahora, Frankie.

—No me paso de nada. ¡He debido comprenderlo enseguida! Todo eso del criminal traficante de armas, el follón que ha armado con su intervención en Centroamérica, las acusaciones que por su culpa se han hecho contra Estados Unidos en general y contra cinco altos militares en particular… Y sobre todo, esos brutales enfrentamientos y cientos de muertes que la llegada de esas armas han ocasionado en Centroamérica aumentando la tensión y la mortandad… ¡Maldita sea mi estampa, claro que vas a cargarte a

ese cerdo!

—Ssst —se llevó Brigitte un dedo a los labios—… ¡Que te van a oír, Frankie!

¡Y si los vecinos oyeran que la señorita Montfort se va a cargar a alguien se desmayarían del susto y del pasmo! Y otra cosa: ¿quieres hacer el favor de poner la maleta en el ascensor? ¡No quiero perder ese avión!

Minello dejó la maleta en el suelo del ascensor, y cuando Brigitte entró la abrazó, la besó en los labios, y susurró:

—Hazme un favor, ¿quieres? Además de lo que le hagas a ese puerco, métele una bala en las tripas de mi parte.

—Adiós, Frankie. —Brigitte le besó ahora a él—. Hasta la vuelta.

Minello asintió, y salió del ascensor, que inmediatamente inició el descenso. Durante unos segundos, Frank permaneció en el pasillo, como clavado al suelo. Por fin, regresó al apartamento de Brigitte, cerró la puerta, y se fue directo al dormitorio de la periodista-espía. Recogió el periódico de sobre la cama, miró la fotografía del atractivo Nabil Kombe, y susurró:

—No doy ni un centavo por tu vida, criminal. ¡No sabes lo que se te viene encima!

* * *

En Niza florecía la primavera. La señorita Brigitte Montfort, periodista norteamericana, había llegado aquella mañana, procedente de París, y ahora, en un taxi, se dirigía desde el aeropuerto a la ciudad. A lo lejos resplandecía el mar, de un azul como pintado. Allá, en aquellas aguas, estaba el yate Afrikaan, propiedad de Nabil Kombe. Un yate que era más confortable y costoso que muchos palacios de tierra firme. Un yate en el que podían vivir sin agobios más de cien personas. Un yate que era, al mismo tiempo, un hogar y una fortaleza, desde el cual el gran magnate Nabil Kombe dirigía sus… negocios de alto nivel.

—Perdone —interrumpió el taxista las meditaciones de Brigitte—…, me dijo usted Avenue Dr. Ménard, ¿no es así?

—Sí. Número 22.

—*Merci.*

Pocos minutos más tarde llegaban a Niza. En ésta, el taxista

condujo hasta la Avenue Dr. Ménard, que era una calle discreta que describía un arco entre dos zonas ajardinadas. El número 22 correspondía a una casa de aspecto elegante y austero, de gran estilo. Un diminuto jardín delantero le confería un delicado encanto muy francés.

El taxista detuvo el coche delante mismo, y se apeó, para sacar la maleta del portaequipajes. El maletín había estado en todo momento en manos de su pasajera, que se apeó y fue hacia la puerta de la casa, recorriendo el breve sendero florido. El taxista llegó ante la puerta en pos de Brigitte, la cual pagó sus servicios añadiendo una generosa propina. El hombre se ofreció para entrar la maleta en la casa, pero la bella americana dijo que no era necesario, y pulsó el timbre de la puerta.

Cuando el taxista se alejó conduciendo su vehículo, todavía no le habían abierto la puerta a la señorita Montfort. Ni había nadie en la casa para abrírsela. Simplemente, cuando el taxi ya se hubo perdido de vista, Brigitte se inclinó, recogió de debajo del ancho felpudo un llavín, y con éste abrió la puerta de la casa. Cargó con la maleta, entró, y cerró tras ella.

Todo estaba en silencio, reinaba la quietud más absoluta. A la izquierda del vestíbulo había una puerta, que Brigitte abrió; comunicaba con el garaje, en el cual había un automóvil Mercedes plateado, matriculado en Austria. La espía asintió, sonriendo secamente, y regresó al vestíbulo. Desde aquí, se orientó sin problema alguno hacia el despacho que había a la derecha. Encendió la luz, y fue a sentarse en el confortable sillón giratorio. Sobre la mesa había una elegante cartera de piel, de la cual sacó Brigitte su contenido: cien mil francos franceses, algunos billetes austriacos, unas pocas joyas en un simple sobre de papel blanco, y un pasaporte austriaco, a nombre de Daniela von Karsten, pero cuya fotografía se parecía mucho a la señorita Montfort, pese a que la bella y joven dama llamada Daniela era rubia, tenía los ojos oscuros y su rostro aparecía algo más lleno que el de Brigitte.

Finalmente, Brigitte dedicó su atención concentrada al juego de no menos de treinta fotografías a todo color, en las que aparecía el yate Afrikaan de cerca, de lejos, desde todos los ángulos, con y sin personas en la cubierta… Luego, estaban las fotografías de Nabil Kombe, que efectivamente era un hombre atractivo, con su rostro

saludable, sus bellos ojos negros tan clásicamente árabes, sus facciones acusadas, su gran nariz de jeque altivo… Tenía cuarenta y dos años, y se contaba de él que había tenido y tenía más mujeres que ningún otro hombre del mundo.

Pero lo que más atentamente estuvo mirando Brigitte fue los ojos de Kombe. Aquellos ojos negros, de mirada profunda y quieta; unas pupilas en las que Brigitte supo encontrar algo que la estremeció.

—Me parece que Frankie tiene razón, y que yo me estoy complicando la vida: simplemente, debería matarlo, y asunto terminado. Pero eso sería demasiado simple y demasiado fácil. Eso podría hacerlo cualquiera.

Capítulo II

Nabil Kombe estaba sentado a la mesa de la ruleta cuando entró en la sala la hermosa dama de rubios cabellos.

En un instante, el interés por el juego decreció en Kombe, y toda su atención, toda su concentrada atención de hombre siempre ávido de las más hermosas mujeres, quedó prendida por la alta, hermosa, aristocrática rubia que acababa de entrar.

El *croupier* cantó la jugada cuando la bolita se detuvo en uno de los casilleros de la ruleta. Hubo murmullos, ceños fruncidos y sonrisas. Nabil Kombe seguía mirando a la bella recién llegada. Y no era el único hombre que lo hacía, ciertamente. Incluso muchas mujeres se habían dado cuenta de la discreta entrada de la rubia, precisamente debido a la actitud de los hombres.

La dama se había detenido, como a la espera de algo. El croupier sugería la conveniencia de hacer nuevas jugadas, mientras sus ayudantes retiraban las apuestas ganadas por la casa y empujaban con sus bastones las cantidades ganadas por algunos apostantes.

Kombe hizo su nueva apuesta, deslizando fichas por valor de doce mil dólares al número 22, que era la edad que parecía tener la aristocrática rubia. Ella estaba hablando ahora con un empleado del casino, el cual tomó un fajo de billetes y se alejó, evidentemente en busca de fichas.

La dama permanecía en el mismo sitio. Su postura, su soltura, su naturalidad, eran admirables. Sin duda sabía que la estaban mirando, pero lo aceptaba como se acepta el calor de los rayos del sol. Llevaba un vestido de noche negro, muy escotado y corto. Su cuerpo era espléndido. Era bellísima…

Pero no, no tenía 22 años, desde luego.

Tal vez por eso Nabil Kombe perdió también en aquella jugada. Mientras tanto, el empleado del casino llegó con las fichas para la dama, y ésta, tras darle una de propina, se acercó a la mesa. Al

verla más de cerca Kombe comprobó que tenía, en efecto, más de 22 años. No mucho más, desde luego, pero los veintidós ya no los cumpliría. Su piel parecía como de seda y oro. Nabil Kombe estaba fascinado absolutamente, y como él varios hombres más, que tenían la fortuna de poder contemplar a sus anchas a la mujer.

Ella jugó a pares, y ganó, mientras que Kombe volvía a perder. La dama aceptaba la ganancia con simpático gesto como divertido. Tenía unos pechos no excesivos, pero sí plenos, rotundos, turgentes, deliciosos… Nabil Kombe sabía que tenía ante él una auténtica dama, y tal vez por eso, y por su belleza resplandeciente, no pudo evitar la erección. Su fantasía comenzó a imaginar cosas que sucedían entre él y la dama, y su interés por el juego prácticamente se esfumó.

En determinado momento, las miradas de Nabil Kombe y de la dama parecieron chocar, la de ella casualmente, la de él porque no dejaba de mirar aquellos ojos de negro terciopelo. Nabil hizo un gesto de saludo con la cabeza. La dama enarcó una ceja, sin duda preguntándose quién era aquel sujeto, desvió la mirada, y continuó jugando, completamente olvidada de que había en el mundo alguien llamado Nabil Kombe, dotado de una gran nariz, un yate llamado Afrikaan y un apetito insaciable de mujeres hermosas.

Nabil Kombe ya no sabía si ganaba o perdía. Muy poco después, uno de los jugadores situados ante él se levantó, y la dama ocupó su asiento. La mirada de Kombe fue hacia las manos femeninas, las más bellas y señoriales que había visto jamás; unas manos elegantes, pero no frágiles, ni mucho menos. Solamente lucía una sortija, en la mano izquierda. Nabil Kombe comenzaba a sentir que el deseo le iba envolviendo, como una nube tangible y caliente…

Otro empleado del casino se acercó a la ruleta, estuvo mirando como indeciso, y finalmente se inclinó sobre la dama y habló con ella, que le miró y asintió. El empleado hizo un gesto señalando hacia el extremo del fondo de la sala. La dama estaba sorprendida, pero aceptó pronto lo que fuese, le hizo un gesto de espera al empleado, y aguardó a que terminase la jugada, en la que de nuevo ganó. Recogió sus fichas, se puso en pie, y partió tras el hombre.

Nabil Kombe hizo un discreto gesto a uno de sus empleados «especiales», dicho más claramente uno de sus guardaespaldas, que por supuesto permanecían cerca de él y se habían dado cuenta del

interés de su amo por la señorial rubia. El guardaespaldas requerido asintió, y se fue en pos de la rubia.

Regresó tres minutos más tarde, se colocó junto a Kombe, y murmuró:

—Ha estado conversando por teléfono. Al parecer ha recibido alguna noticia que no le ha gustado mucho.

—¿Dónde está ahora? —inquirió Kombe.

—En el bar. Ha pedido champán.

—¿Está sola?

—Sí. Yo creo que ella vino aquí para reunirse con alguien, y la han llamado para decirle que no pueden venir.

—¿Has podido averiguar su nombre?

—No señor…, pero puedo seguir indagándolo, si lo desea.

—No —rechazó Kombe—… Siéntate en mi lugar.

Se puso en pie. Medía más de metro ochenta, era atlético, elegante. Habría resultado un exótico y sugestivo modelo deslizándose por la pasarela de una exposición de modas. Las mujeres le miraban siempre con intenso interés, y él lo sabía.

Se dirigió directo al bar. Allá, instalada con elegante gesto en uno de los forrados taburetes ante el recargado mostrador de maderas nobles, se hallaba la dama, pensativa ante una copa de champán. Nabil Kombe se sentó dos taburetes más allá. Encendió un cigarrillo, y pidió champán. Había más personas en el bar, creando un leve rumor de conversaciones gratas, como flotando en nubes de algodón.

Nabil estaba clasificando a la dama. ¿Francesa? Podía serlo, pero pese a su esbeltez y su elegancia le parecía demasiado… sólida para ser francesa.

¿Alemana, tal vez? Bueno, había una cosa cierta: ella sin duda hablaba francés, así que, de repente, se dirigió a ella en este idioma:

—Parece que es usted afortunada.

La dama alzó la cabeza, le miró, y parpadeó como desconcertada.

—¿Perdón? —murmuró.

—La he estado observando… con gran placer, y me he dado cuenta de que ha ganado.

—¿He ganado… qué?

—En la ruleta.

—Ah. Sí. Discúlpeme, *Monsieur*.

Ella descendió del taburete, y abrió su bolso, del cual sacó una ficha.

—¿Me permitiría invitarla? —pidió Nabil Kombe.

Ella le miró sorprendida. Kombe no había experimentado nunca antes con tanta intensidad aquella sensación de que él era algo así como un gusano intruso en la vida de seres más importantes. De repente, la sorpresa de la dama cedió paso a una sonrisa divertida, que llenó sus ojos de luz. En el mismísimo centro de su estómago Nabil Kombe experimentó un vacío tremendo. Ella dejó caer de nuevo la ficha en el bolso, y dijo:

—Muy amable, *Monsieur*. Buenas noches.

—Espero que volveremos a vernos.

Ella le miraba de aquel modo amable y divertido. Ni siquiera se molestó en contestar, debió de considerar que su sonrisa condescendiente y amable era suficiente. Simplemente, se alejó. Nabil estuvo tentado de ir tras ella, pero se dio cuenta de que eso le pondría todavía más en evidencia. Nadie había dejado de darse cuenta de que él había abordado a una dama desconocida y la cosa les hacía gracia. Un orgullo que creaba una insólita furia dentro de él mantuvo a Kombe como clavado al taburete. Consiguió permanecer allí un minuto más, terminando el champán y el cigarrillo.

Cuando regresó a la sala de la ruleta la dama no estaba allí. Su empleado seguía jugando por él. Otro de sus guardaespaldas se le acercó, y Nabil masculló:

—¿En qué sala ha entrado? La dama rubia.

—En ninguna, señor. Se ha marchado del casino. —El hombre sonrió obsequioso—… Pero Rakir la ha seguido, señor.

—Ah… Muy bien hecho. Esperaremos su vuelta antes de regresar al yate.

El guardaespaldas Rakir regresó casi una hora más tarde, y Malik se lo informó a su amo, el cual abandonó el juego enseguida y se dirigió hacia la salida. Detrás de él iban Malik y Otar, mientras que Rakir los precedía a todos.

Poco después, los cuatro viajaban en el lujoso Continental blindado de Nabil hacia el puerto donde tenían anclado el Afrikaan. Malik conducía, Otar iba a su lado, y, en el asiento de atrás, Iban

Nabil y Rakir. Éste explicaba:

—Se llama Daniela von Karsten, y es una aristócrata austriaca. Está alojada en el Imperial, ese hotel nuevo de lujo en Promenade des Anglais. Yo diría que está sola, señor, porque conducía ella misma su coche, un Mercedes.

—Sí que está sola —reflexionó Nabil—, pues de otro modo no habría acudido sola al casino. Esperaba encontrarse con alguien allí, pero le han fallado. ¿Ha hablado con alguien en el hotel?

—No. Solamente con el encargado del *comptoir*, claro.

Nabil Kombe asintió, y quedó silencioso. Todavía estaba silencioso cuando Malik detuvo el coche en el muelle. Frente a ellos la airosa mole de uno de los yates más fabulosos del mundo. Treinta personas de servicio a bordo, atendiendo las instalaciones, los servicios, el mantenimiento de aquella pequeña ciudad flotante de superlujo. La blancura del casco destacaba en la oscuridad del fondo del horizonte reflejando las luces de Niza. Dentro de aquel palacio-fortaleza flotante había seis mujeres jóvenes y hermosas aguardando el regreso de su amo y señor, el multimillonario, todopoderoso magnate Nabil Kombe.

Pero éste ya había decidido unir a su larga lista de amores más o menos efímeros y más o menos apasionados a una elegante belleza austriaca.

* * *

El botones entregó el ramo de flores, aceptó la propina, y abandonó la *suite* de la señorita von Karsten. Ésta fue a colocar el ramo sobre una mesita, y vio entonces el pequeño paquete entre las flores. Lo abrió, y se quedó mirando con despectiva sonrisa la hermosa joya que contenía, una verdadera obra de arte de la orfebrería: una rosa con tallo incluido hecha con oro, esmeraldas simulando las hojas, y platino simulando el tallo; en el centro de la rosa, como recogido capullo, un rubí fabuloso.

—Zambomba —dijo la aristocrática señorita von Karsten.

En el paquetito había también una nota y una ficha del Casino por valor de mil francos.

La nota decía:

TENGO LA CERTEZA DE QUE SI JUEGA POR MÍ ME DARÁ

SUERTE. ESPERO VERLA TAMBIÉN ESTA NOCHE.

Por un momento, la señorita von Karsten estuvo tentada, de decidir no ir al casino aquella noche. Esto le habría dado a todo más verismo, más autenticidad, dejando claro que ella no sentía ningún interés por él, y que iba al casino cuando le apetecía. Pero, realmente…, ¿a qué tantas sutilezas con un sujeto que veía una mujer, la deseaba, y se apresuraba a intentar comprarla?

El tiempo era oro, y no valía la pena desperdiciarlo con un vulgar traficante de armas.

* * *

Nabil Kombe sonrió cuando la vio aparecer. Ella se sentó frente a él, sin mirarlo, y durante unos minutos estuvo jugando, ganando más que perdiendo. Finalmente, pareció aburrirse, se puso en pie, y fue al bar, acomodándose en un taburete.

—Dom Perignon, por favor —pidió.

—*Oui, Mademoiselle.*

Estaba saboreando el primer sorbito del champán deliciosamente frío que le habían servido cuando Nabil Kombe se sentó en el taburete contiguo. Ella bajó la copa, lo miró, y se quedó con la perpleja expresión de quien se pregunta quién es aquella persona tan inoportuna.

—No ha sido usted muy amable, *Frau* von Karstein —dijo quedamente Nabil—: ni siquiera me ha dirigido una mirada.

—Ah, usted es el caballero que anoche me invitó a champán, ¿verdad?

—En efecto —frunció el ceño Nabil.

—¿Y dónde tenía que mirarlo? No comprendo bien.

—Ha estado jugando a la ruleta sentada frente a mí. Pensé que lo menos que merecía era una mirada de sus bellos ojos.

—No he reparado en usted —se disculpó encantadoramente Daniela—… ¿Y por qué merecía usted una mirada de mis bellos ojos?

—Cuando los hombres regalamos flores a una mujer siempre es porque queremos expresar profundos sentimientos.

Daniela parecía desconcertada. De pronto, recordó.

—¡Ah! ¿Quiere decir que es usted quien esta mañana me envió

al hotel las flores y la ficha del casino? ¡Claro…! ¡Debí comprenderlo! Estuve mucho rato pensando quién podía enviarme una ficha del casino, pero no caí en la cuenta de que podía ser usted. Perdóneme, pero la verdad es que no le recordaba.

—Yo no he podido olvidarla a usted.

—¿De veras, *Monsieur*? ¿Por qué?

—Francamente, me imaginaba este encuentro de otra manera. Pensé que jugaría sentada a mi lado para amasar una pequeña fortuna partiendo de la ficha que le envié, y que habría convertido en talismán. Y pensé que luciría usted mi regalo prendido en su vestido.

Daniela von Karsten le escuchaba como quien asiste, perplejo, a un discurso sobre un tema del que jamás antes había oído tan siquiera mencionar.

—Perdone usted —dijo amablemente cuando Nabil terminó—, pero…, ¿debo entender que usted esperaba que yo hiciera lo que usted deseaba?

—Tampoco pedía nada tan extraordinario.

—Mire usted, señor, lo extraordinario no es lo que uno pide, sino que se atreva a pedirlo a personas desconocidas. ¿Cómo se le pudo ocurrir la idea de que yo haría lo que usted deseaba?

—Me temo que no ha interpretado usted bien mi actitud —murmuró Nabil—… Solamente pretendía demostrarle mi admiración.

—Créame usted, *Monsieur*, no consigo entender lo que está ocurriendo.

¿Nos conocemos usted y yo de algo? ¿Tal vez nos hemos relacionado en alguna ocasión y yo he cometido la descortesía de olvidarlo?

—No… No, no.

—Entonces, *Monsieur*…, ¿usted y yo somos desconocidos el uno para el otro?

—Pues… sí.

La bellísima rubia Daniela Von Karsten no salía de su asombro.

—A lo mejor es todo una broma —sonrió de pronto—… ¡Claro que tiene que ser una broma de Karla y Wagner…! Eso de que no han podido abandonar Viena por un percance inesperado es una argucia para gastarme esta broma. Lo que han tramado es divertirse

a mi costa poniendo en mi camino un actor que represente el papel de un admirador ferviente. ¿A que sí? ¡Bueno, al menos han escogido un actor guapo…! ¿Cómo se llama usted?

—Nabil Kombe —pareció morder su nombre el africano—. Y gracias por opinar que soy guapo.

—¡Es que lo es…! —Daniela se echó a reír—. ¡Y además, ahora que lo pienso, me resulta usted simpático! Lo está haciendo muy bien, les diré a mis amigos que su actuación… ¿Kombe? ¿Nabil Kombe?

—Sí.

—Oh, Dios mío… No. ¿No será…? Sí, ahora que me fijo en su rostro…

¡Santo cielo, cómo he podido ser tan distraída!

—O sea, que me conoce usted, después de todo.

—¡Claro! ¡Pero si su rostro aparece en todas las revistas…! ¡No comprendo cómo he podido ser tan tonta! Dios mío, pe-pero usted… usted es… ese traficante de… Bueno…

—Señorita von Karsten: ¿sería usted tan amable de decirme cuál es la diferencia entre Estados Unidos y yo, respecto a lo que usted llama tráfico de armas?

—¿La diferencia…? No comprendo lo que quiere decir.

—Supongamos que a mi pequeño país, Aarb, que sin duda usted conoce, llega un cargamento de armas para respaldar una revolución. ¿Cuál sería la diferencia entre que esas armas las hubiera enviado Estados Unidos o las hubiera enviado yo? Y quien dice Estados Unidos dice cualquier otro país, claro está. ¿Cuál sería la diferencia?

—Estados Unidos no es un traficante de armas, *Monsieur*.

—¿Y eso autorizaría a los norteamericanos a introducir armas en mi país?

¿El hecho de que sea un gobierno y un país establecido y reconocido faculta a Estados Unidos a vender o regalar armas para respaldar revoluciones, guerras y guerrillas?

—Caramba, visto de ese modo…

—¿De qué otro modo se puede ver? ¿Cómo lo ve usted?

—Pues… La verdad, no sé, me ha confundido usted.

—Si usted consigue un arma con la cual mata a nueve personas, ¿le parecerá que es menos delito si el arma se la ha vendido Estados

Unidos que si se la he vendido yo?

—¡Claro que no!

—Entonces… ¿por qué parece aceptar usted que Estados Unidos venda armas y no le hace gracia que las venda yo?

—*Monsieur*, yo no tengo ningún interés en discutir con usted. Tampoco he pretendido ofenderle. Y ahora, si me permite, le devolveré su obsequio y me despediré.

Daniela sacó del bolso la rosa de orfebrería y la ficha de mil francos, depositando ambos objetos sobre el mostrador.

—Es decir —murmuró Nabil—, que usted me desprecia.

Ella miró como sobresaltada los oscuros y profundos ojos de él.

—No le desprecio, *Monsieur*. No siento nada por usted. Simplemente, no tengo por qué aceptar sus regalos.

—Ayer aceptó usted que la convidara a champán.

—Una cosa es una copa de champán y otra cosa es esto otro.

—De acuerdo. —Nabil Kombe se guardó la joya y la ficha—. Olvide estos regalos, y dígame: ¿no me aceptaría otra copa de champán?

—*Monsieur*: ¿qué es lo que pretende usted exactamente?

—Estar con usted, contemplarla, admirarla, escuchar su voz, concederme a mí mismo la oportunidad y el placer de relacionarme con una persona encantadora que me cautivó en cuanto la vi. Veamos, señorita von Karsten: ¿la sorprende a usted que los hombres se enamoren de su persona?

—La verdad es que no —rio Daniela—… ¿Siempre es usted tan… directo en sus… avances, *Monsieur*?

—Cuando vale la pena, sí. ¿Está usted sola en Niza?

—Temporalmente. Mejor dicho, ya he visto algunos amigos por la ciudad, pero no son esos amigos con los que me agrada convivir estrechamente. La relación superficial ha terminado por aburrirme, señor Kombe. En el casino he visto varias personas a las que conozco hace tiempo, y ellas a mí, claro, pero no me seduce la idea de escuchar una vez más sus tonterías.

—Sí, ya sé. Ustedes son siempre los mismos, siempre se ven en los mismos sitios, y no me sorprende demasiado que acaben por aburrirse.

—Me sorprende que diga usted eso —alzó las cejas Daniela—. Tengo entendido que le encanta relacionarse con la *jet-set*.

—Digamos que es muy conveniente. Pero encantarme, lo que se dice encantarme realmente, no me ha encantado hasta ahora.

—Es usted muy amable.

—Lo que me sorprende es que nunca la haya visto a usted en ninguna fiesta.

—Hace tiempo que decidí no prodigarme demasiado.

—Entiendo. Digamos que prefiere seleccionar con gran cuidado sus fiestas, sus apariciones en público.

—Detesto que aparezcan fotografías mías en las revistas.

—Sí, la comprendo. A veces resulta molesto…, y hasta perjudicial. ¿Le gustaría… disfrutar de un día agradable en un lugar donde puedo garantizarle que no habrá ningún fotógrafo?

—¿Su yate? —sonrió Daniela.

—No… No, no.

—Lástima. ¡Con lo que me gusta navegar!

—Lo cierto es que había pensado invitarla a una mansión que tengo cerca de Cannes.

—¿Con qué objeto? Porque si me invitara a navegar cabe la posibilidad de que aceptase, ya que, como le he dicho, me encanta el mar. Pero… ¿qué objeto tendría ir a su mansión de Cannes? ¿Qué hay allí que no haya en Niza, aquí mismo?

—Digamos… una agradable soledad para dos —sonrió Nabal Kombe.

—Gracias por el champán —dijo fríamente Daniela—. Buenas noches, señor Kombe.

Daniela von Karsten se deslizó del taburete, y se dirigió a la puerta del bar. Nabil Kombe estuvo unos segundos indeciso, rumiando su rabia, su decepción y su orgullo. Pero en su lucha interna venció otro factor mucho más fuerte que los anteriores: su deseo del cuerpo de Daniela von Karsten.

De modo que salió del bar en pos de la bella aristócrata austriaca. Cuando cruzó el salón, sus hombres le vieron, y a la vez hicieron intención de salir tras él, pero Kombe les hizo un seco gesto para que se quedaran donde estaban. No necesitaba protección para acosar a una mujer.

Cuando salió del casino vio a Daniela von Karsten entrando en un coche Mercedes, estacionado allí mismo. Se apresuró a llegar junto al vehículo antes de que éste se pusiera en marcha, y tras

abrir la portezuela delantera derecha se sentó junto a Daniela, que le dirigió una mirada entre sobresaltada y altiva.

—Lo siento —se apresuró Kombe a adelantarse a cualquier expresión por parte de ella—. He sido un estúpido, y ante todo deseo disculparme.

—Haga el favor de salir de mi coche.

—Señorita von Karsten, permítame empezar de nuevo. Todos cometemos errores y…

La portezuela por la que acababa de entrar Kombe se abrió, y en el hueco apareció la confusa silueta de un hombre y la inconfundible forma de una pistola provista de silenciador, cuya oscura boca quedó a escasos centímetros del rostro de Nabil Kombe, que respingó.

—Salga de ahí —ordenó una voz en inglés—… ¡Vamos, salga de ahí ahora mismo, asqueroso hijo de perra!

Capítulo III

Nabil Kombe palideció, y Daniela pareció atragantarse con un gritito de sobresalto. La portezuela de su lado también se abrió, y apareció otra pistola igualmente provista de silenciador. Se oyó otra voz de hombre, también en inglés:

—O será mejor que ninguno de los dos se mueva. Usted va a conducir, guapa. ¡Y mucho cuidado con lo que hace!

Las puertas de atrás fueron abiertas, y los dos hombres armados se instalaron en el asiento.

—Arranque… ¡Vamos, arranque!

Daniela von Karsten dirigió una angustiada mirada a Nabil Kombe, que estaba lívido. Miró hacia la puerta del casino, pero sus hombres no aparecían, desde luego. Hacía tiempo que sabían cuándo su amo no necesitaba su presencia. Daniela dio el encendido y arrancó. El Mercedes se desplazó suavemente. El hombre que primero había aparecido dijo algo en español, y Nabil Kombe palideció. Volvió la cabeza, vio las formas de los dos hombres, y, a través del cristal zaguero, vio el coche que seguía al Mercedes. Estaban ya en el Boulevard Jean Jaurés, y enseguida se mezclaron con el resto del apretado tráfico.

—¿Qué está mirando? —inquirió uno de los sujetos—. ¡Vuelva la cara al frente, puerco!

Kombe obedeció. Miró a Daniela, y la vio tensa, muy abiertos los ojos. A los pocos segundos el coche se detenía ante un semáforo.

—Escuchen —murmuró Kombe—, debe de haber un error en todo esto que…

—Habría un error si usted no fuera Nabil Kombe. ¿Es usted Nabil Kombe?

—Sí, pero…

—Cierre la boca. Pero no se preocupe, que pronto podrá hablar todo cuanto quiera… Mejor dicho, todo cuanto nosotros queramos.

Para que se vaya haciendo una idea de lo que ocurre le diré que me llamo Ataulfo Sanmartín, que soy el jefe de un grupo de diez hombres, y que estamos en Niza expresamente para sostener una entrevista con usted. De modo que ahórrese comedias.

—Pero… ¿qué quieten ustedes? —jadeó Kombe.

—Mis amigos y yo somos de Nicaragua. ¿Le dice algo esto?

Nabil quedó silencioso, pura y simplemente atragantado por el miedo. Vagamente, estaba comprendiendo que se hallaba en uno de los peores pasos de su vida, y que la cosa podía terminar muy mal… para él.

* * *

El coche se detuvo cerca de medianoche frente a un chalé rodeado de jardín y de otros chalés, varios de los cuales tenían algunas luces encendidas. El chalé en cuestión estaba a oscuras, pero pronto dejó de estarlo: los cuatro hombres que viajaban en el coche que en todo momento les había seguido se apearon, entraron en la casa, las luces fueron encendidas, y uno de ellos apareció en la puerta, haciendo gestos.

—Salgan del coche —ordenó Ataulfo Sanmartín.

—Escuche —se volvió a mirarlo Nabil Kombe—, la señorita no tiene nada que ver en esto, ella sólo… sólo es una conocida. Deje que se marche.

—No diga estupideces. Vamos, apéense los dos. ¡Háganlo!

Daniela respingó, y se apresuró a salir del coche, haciéndolo antes que Nabil. Fueron empujados hacia la casa, en la cual entraron. El hombre que había esperado en la puerta se quedó afuera, tras decirle al tal Ataulfo Sanmartín que él se encargaba de los coches. Fueron llevados al saloncito del chalé, donde los otros tres hombres estaban sirviéndose unos tragos de coñac. Había en el ambiente como una cierta perplejidad, que Sanmartín expresó en nombre de todo el grupo:

—¿Por qué no le acompañaban sus guardaespaldas? Llevamos varios días observándole a usted, y no hemos actuado antes porque no deseábamos complicar demasiado las cosas… ¿Por qué esta noche no le acompañaban? Mejor dicho: ¿por qué no han salido del casino con usted?

—No creí necesitarlos.

La mirada de Sanmartín se desplazó lentamente hacia Daniela, que permanecía como encogida, mirando asustada al jefe del grupo. Éste la miró de arriba a abajo, hizo un gesto como de agrado, y terminó por sonreír.

—Entiendo. Se iba con esta furcia para pasar la noche con ella, ¿no es así?

—Tenga cuidado con lo que dice —se atrevió a amenazar Kombe—: la señorita von Karsten no es ninguna furcia.

—¿No? ¿Qué es?

—Usted ni siquiera lo entendería.

—Me parece, Ataulfo —dijo el que había viajado con ellos en el Mercedes—, que el señor Kombe precisa que alguien le baje un poco los humos. ¿Me permites que lo haga yo?

—Pero ten cuidado, Roque. Ser un canalla no significa ser fuerte, valiente y resistente. No te excedas.

—No, hombre —sonrió el tal Roque.

Se acercó a Kombe, y cuando éste todavía no barruntaba sus intenciones, le encajó un escalofriante puntapié entre las ingles. Nabil Kombe pensó, por un instante, que acababan de machacarle los testículos; el dolor se extendía por todo su cuerpo como un relámpago, mientras se encogía, caía de rodillas, y acto seguido de bruces. Cuando pudo reaccionar se encontró sentado en un sillón. Delante de él estaba Ataulfo Sanmartín, contemplándolo con perversa socarronería.

—¿Qué? ¿Se le han bajado los humos, amigo?

Kombe aspiró hondo, y no contestó. Miraba como entre brumas a Sanmartín, que medía no menos de metro ochenta y cinco, vestía deportivamente, y era todo un atleta delgado pero evidentemente fuerte, todo músculo. Sus ojos negros, sus facciones secas y angulosas, y sus cabellos de un sorprendente color cobrizo. No hacía falta ser ni la mitad de listo que Nabil Kombe para comprender que Ataulfo Sanmartín era un enemigo de mucho cuidado. De muchísimo cuidado.

Nabil aspiró hondo, y desvió la mirada en busca de Daniela. Ésta permanecía de pie en el mismo sitio, pura y sencillamente aterrada, pero demasiado inteligente para complicar las cosas con actitudes que pudieran atraer sobre ella la atención de los centroamericanos.

Talmente parecía que Daniela pretendiera que su presencia allí pasara desapercibida, que fuese olvidada.

El hombre que se había encargado de los coches apareció en el saloncito, diciendo:

—Pues oye, es verdad, no nos ha seguido nadie, Ataulfo. ¡Tantos preparativos para cazar a este sujeto y ha resultado de lo más fácil! Podríamos habernos ahorrado tiempo y molestias.

Señaló hacia un rincón del salón, donde Kombe vio instalado un sistema de radio y de televisión. Sin duda había más hombres de aquel grupo en otro lugar, unidos por radio y por imágenes… De repente, Kombe comprendió que todo aquello no era ninguna broma, desde luego. Ataulfo Sanmartín y un puñado de amigos suyos estaban en Niza para cazarlo a él, y, previendo serias dificultades, habían realizado todo un despliegue de medios de seguridad y de contacto entre ellos.

—Lo que me pregunto —reflexionó Sanmartín— es qué vamos a hacer con esta individua. Contra ella no tenemos nada, pero tampoco podemos dejarla marchar tan ricamente. Llévala a uno de los cuartos controlados, Ginés. Será mejor que no se entere de nada de lo que hablemos aquí.

—Podríamos tirárnosla —sugirió Ginés, sonriendo—… Seguro que es un putón de lujo o alguna amiga viciosa de nuestro invitado.

—No soy amiga de él —dijo Daniela, en un inglés mucho más perfecto que el de los centroamericanos—… Ni siquiera le conozco, en realidad. Es cierto que él quería… venir conmigo, pero ni siquiera somos amigos. Les aseguro…

—Mire, será mejor que cierre la boca, ¿de acuerdo? —La interrumpió Ataulfo—. No nos fastidie y seguramente todo terminará bien para usted. Quien nos interesa es su amigo.

—¡No es mi amigo! ¡Les estoy diciendo…!

—Llévatela, Ginés —gruñó Ataulfo Sanmartín.

Daniela von Karsten fue retirada del saloncito. Sanmartín se acercó a la instalación de vigilancia, manipuló en ella, y en una de las pequeñas pantallas de televisión apareció la imagen de una habitación vacía. Enseguida, vieron abrirse la puerta, y Ginés y Daniela entraron. Ginés dijo algo, apretó un pecho de Daniela, rio, y abandonó la habitación. La desorbitada mirada de Nabil Kombe estaba fija en aquella pequeña pantalla que ofrecía la imagen en

color de Daniela von Karsten encerrada, apretándose una mano con otra, y mirando alrededor como en busca de algún agujero por el que poder escapar. La vieron acercarse a la ventana e intentar abrirla, y casi echarse a llorar al comprobar que estaba clavada.

Ginés reapareció, vio la pantalla iluminada, miró a Sanmartín y encogió los hombros.

—Es que está muy buena —dijo, en español.

—Llama a los demás y diles que pueden dejar de trabajar, que ya tenemos a Kombe. Que regresen, pero con cuidado… No sé, ha sido tan fácil que me huele mal.

—No creo que sea una trampa —dijo Roque—, porque para hacer de cebo hace falta tener mucho más valor del que tiene este tipejo. Además, ¿qué trampa había de tendernos él a nosotros? Ni siquiera sabía de nuestra existencia. Es más, en ningún momento de su vida debe de dedicar ni un solo segundo a pensar en gente como nosotros… ¿Verdad, señor Kombe?

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —jadeó Nabil.

—¿Se lo decimos o lo dejamos sumido en la piadosa ignorancia? —Le miró sonriente Ginés.

—¿Qué quieren de mí? —insistió Kombe, lívido.

Ginés hizo un gesto cono diciendo «este tipo es tonto», y fue a enviar un mensaje por radio que fue recibido por el resto de sus compañeros, que estaban reconociendo el terreno en Niza, concretamente cerca del yate Afrikaan. Enterados de que la operación había terminado de modo tan increíblemente fácil, aseguraron que emprendían el regreso a la base. Dos de los sujetos que hasta entonces no habían dicho nada se fueron a la cocina a preparar unos bocadillos. Ataulfo se había colocado ante las pantallas de televisión, y contemplaba a Daniela von Karsten, que ahora estaba sentada en él borde del lecho de la habitación que era su celda, y acababa de encender un cigarrillo que había sacado de su bolso.

—Es muy hermosa —susurró Ataulfo Sanmartín—… Casi valía la pena hacer todo el gasto de esta operación sólo para secuestrarla a ella.

—Seguro que hace el amor maravillosamente —dijo Ginés.

—No me refería a eso. Estaba pensando que parece una persona de calidad… Seguro que tiene mucho dinero. Podríamos pedir un

rescate por ella, a ver si amortizamos un poco tantos malditos gastos realizados por culpa de Kombe.

—¿Qué es lo que quieren ustedes? —exclamó enseguida Nabil—. ¿Dinero?

¡Si es por eso podemos entendernos enseguida!

—No me diga —le miró aviesamente Ataulfo.

—Puedo pagar lo que me pidan por mi libertad.

—¿Y ella? —Movió Ataulfo la cabeza hacia el televisor.

—También… Digan cuánto quieren por dejarnos marchar.

—¿Diez millones de dólares? —sugirió burlonamente Roque.

—De acuerdo.

Todos los allí reunidos se quedaron mirando hoscamente a Nabil Kombe, que se pasó la lengua por los labios. Ataulfo Sanmartín se plantó ante él, y dijo:

—No hemos planeado esta operación por dinero, Kombe.

—¿Por qué lo han hecho? ¿Qué quieren, entonces?

—Se lo voy a explicar. Queremos que usted nos diga de dónde sacó las armas que luego vendió en Centroamérica. Porque no las fabricó usted, ¿verdad? De modo que nos tendrá que decir dónde las consiguió.

—Bueno, son… partidas que uno va comprando y almacenando…

—¿Sí? ¿Cree que está tratando con idiotas? La cantidad, calidad y modelos de armas que usted dice que envió a Centroamérica no se consigue en «partidas» que uno va comprando por ahí, forzosamente han de provenir de un… proveedor MUY importante. Queremos saber quién es. Evidentemente, no se trata de Estados Unidos, aunque las armas eran en su mayoría de fabricación norteamericana, pero tiene que ser alguien MUY importante. ¿Quién?

—Les aseguro… que eran partidas sueltas.

Ataulfo agarró una silla, la colocó ante él con el respaldo hacia Nabil, y se sentó frente a éste.

—Escuche, Kombe, esta operación sólo puede terminar de una manera: con usted colgado en un mango de la selva de Nicaragua. Eso es lo que pensamos hacer, y luego repartir por los lugares adecuados fotografías de la justicia que se habrá hecho con un maldito traficante de armas. Las fotografías de usted ahorcado

aparecerán en breve en todas las televisiones del mundo, y en todos los periódicos y revistas muy poco después. Queremos colgarlo y que el mundo sepa que lo hemos colgado. Queremos que otros tipos como usted se enteren de lo que puede ocurrirles si se entrometen en el asunto de América Central de tal modo que todo se empeore. ¿Lo entiende?

—Estoy… estoy seguro de que podemos… llegar a un acuerdo… —jadeó Nabil.

—Tal vez —asintió Sanmartín—. ¿Cómo consiguió usted las armas?

—Formaban parte de un gran cargamento que hace tres años envió Estados Unidos a Aarb, mi país, solicitadas por nuestro rey Mobe.

—Ya.

—¡Les juro que es cierto! Mobe Tonsako temía que hubiera una revuelta en Aarb, y quiso asegurarse de que de suceder así él dispondría no sólo del ejército, sino de tal cantidad y calidad de armamento que los posibles rebeldes no tuvieran la menor oportunidad. Sin duda, los rebeldes se enteraron de esto, y desistieron de sus propósitos. Entonces, simplemente, las armas se quedaron en Aarb, y allí estuvieron hasta que yo las vendí… con destino a Centroamérica.

—Usted las vendió. Bien. Pero no eran de usted, sino de Aarb, de modo que usted tuvo que realizar algunas maniobras bastante comprometidas para sacarlas de su país, ¿no es cierto? ¿Cómo lo consiguió?

—Convencí a Mobe Tonsako de que las armas ya no eran necesarias, puesto que la rebelión había quedado olvidada. Podíamos desprendemos de ellas, aunque sin decirlo, de modo que todos continuaran creyendo que las armas seguían bien ocultas en Aarb. Y con su venta podíamos solucionar graves problemas… de índole personal que Mobe comenzaba a tener.

—¿Problemas de índole personal?

—Dinero.

—¿Quiere decir que el dinero obtenido por la venta de las armas compradas tres años antes con el dinero de su país… ha ido a parar a los bolsillos particulares de Mobe Tonsako, el rey de Aarb?

—En su mayor parte.

—Y mientras tanto —Ataulfo apretó las mandíbulas un instante—, con esas armas se ha realizado una buena masacre en Centroamérica. Pero eso no es cosa que le importe a usted, ni a su rey Mobe Tonsako, ¿verdad?

—Bueno, no sabíamos… que pensaran utilizarlas inmediatamente… y en una operación… tan concreta.

—¿Qué pensaban que sería de aquellas armas? —Alzó las cejas Sanmartín—. ¿Acaso pensaban que eran para tocar música?

—No somos los únicos que comercian con armas —masculló Kombe.

—Eso es cierto. ¿Quién se encargó de colocar las armas en Centroamérica?

—No lo sé. Ya le digo que no sabíamos que irían a parar allí. Nosotros vendimos las armas, eso es todo. Las trasladamos a un lugar de la costa de Aarb, una noche llegó un barco y se las llevó. Eso es todo.

—Pero usted, que hizo de intermediario, tuvo que negociar con alguien esa compraventa de armas, ¿no?

—Era un sujeto llamado Hai Hong, un chino que llegó en el barco y que traía el dinero en efectivo, en monedas de varios países: dólares, marcos, francos, yens, libras esterlinas, pesetas, florines, pesos…

—¿Por cuánto vendieron esas armas?

—Por sesenta millones de dólares.

Los centroamericanos contemplaban como fascinados a Nabil, que comenzaba a sentirse más tranquilo.

—Sesenta millones de dólares… ¿Se los quedó todos su rey, ese Mobe Tonsako?

—Claro que no. Hicimos… un reparto.

—¿Qué reparto?

—Bueno… El trato fue… a medias.

—*Fifty-fifty*. Es decir, que usted se embolsó treinta millones de dólares, nada menos.

—Sí… Sí, claro.

—¿Dónde podemos encontrar a ese chino, el tal Hai Hong?

—No tengo la menor idea. Fue muy complicado ponerme en contacto con él, y me dio a entender que había intervenido personalmente dada la importancia de la operación, pero que no le

buscase posteriormente para nada más.

—Es decir, que él se hizo cargo de las armas, y las envió a Centroamérica, pero usted no sabe a quién ni cómo se las entregó.

—Claro que no. Y todo habría resultado una operación magnífica si la maldita CIA no hubiera metido sus narices.

—O sea —refunfuñó Ataulfo Sanmartín—, que realmente los Estados Unidos no tuvieron nada que ver con esto.

—Claro que no. Ellos habían vendido hacía tiempo las armas a Aarb, pero ésa es otra cuestión.

—Sí —murmuró Sanmartín—..., es otra cuestión. Todo el mundo vende armas a todo el mundo. Y la cuestión era saber si las armas que sirvieron para esa última masacre en Centroamérica las había vendido para ese fin Estados Unidos.

—Ya le digo que no. Escuche, estoy dispuesto a hacer un buen trato... Les comprendo a ustedes. Son de uno de los países perjudicados por el uso de todas esas armas... De acuerdo, ya digo que les comprendo. Les gustaría lincharme en su país, enviar las fotografías a la televisión y la prensa mundial. Pero... ¿prefieren eso a treinta millones de dólares?

—¿Nos pagaría treinta millones de dólares por su vida?

—No tendría sentido que esos millones se quedaran en mi cuenta y yo estuviese muerto. Todo el dinero que cobré por esas armas, para ustedes. Ni siquiera tendrían que realizar trámites bancarios, pues tengo el dinero, en efectivo, a su disposición, muy fácil de recoger... Siempre es conveniente tener una cantidad importante para emergencias.

—¿Dónde tiene el dinero?

—Repartido en las consignas de tres estaciones importantes de ferrocarril: Londres, París y Roma.

Los centroamericanos contemplaban al africano con una fijeza hipnótica. Los bocadillos estaban ya preparados. Ataulfo Sanmartín tomó uno y comenzó a comer, pensativo. Se puso en pie, y se acercó a mirar hacia la noche por una de las ventanas. Luego, fue a sentarse ante las pantallas de televisión, una de las cuales seguía mostrando la imagen de Daniela von Karsten encerrada en su dormitorio-celda. Sanmartín la señaló con la barbilla.

—¿Qué hay realmente entre usted y ella? —preguntó.

—La conocí en el casino anoche. Es una aristócrata austriaca,

toda una dama. Es una hermosa mujer, y simplemente estaba tratando de hacer con ella lo mismo que con tantas otras: poseerla. Me gustan las mujeres hermosas.

Sanmartín se volvió a mirarlo, sonriendo como divertido.

—A mí también —afirmó—. Sobre eso no habrá discusiones. ¿Quiere un bocadillo?

—No. Escuche, lo del dinero es cierto, puedo darles…

—¡Maldita sea, cierre su maldita boca! —estalló Ataulfo—. ¡Ya le hemos entendido, y estamos seguros de que tiene ese dinero, y que puede ponerlo en nuestras manos! ¡Pero deje de tocarnos las pelotas, ¿quiere?! No sé si lo entiende, pero hay decisiones que no se toman así como así.

Nabil Kombe lo entendía perfectamente, y decidió permanecer prudentemente callado, sin excitar a los centroamericanos más de lo que ya lo estaban ante la perspectiva de repartirse entre ellos treinta millones de dólares. Claro que eso implicaba traicionar la misión que con tanto esfuerzo de dinero y de personal trasladado a Europa en pos de él había sido organizada, pero… ¿era razonable perder treinta millones de dólares a cambio solamente de su vida y unas fotos que a los comandos centroamericanos no les servirían de nada? En cambio, si cada uno de ellos se quedaba tres millones de dólares su vida futura podía ser muy, muy, muy diferente…

—Acomódese en el sofá —dijo Sanmartín, tras unos segundos de silencio por parte de todos—… Mientras llegan nuestros compañeros y tomamos una decisión pasará tiempo, y será mejor que se lo tome con calma.

—¿No podría ir… a reunirme con ella? —señaló Nabil la pantalla en la que seguía viéndose a Daniela von Karsten.

Ataulfo Sanmartín le dirigió una mirada torva, asesina.

Luego, miró la pantalla, justo en el momento en que Daniela von Karsten, sin duda ignorando que estaba sometida a la vigilancia de un ojo de cristal que enviaba sus imágenes a una pantalla, comenzaba a desnudarse, dispuesta a acostarse y pasar la noche del modo menos molesto posible. Ya completamente desnuda la vieron abrir la cama y examinar la ropa. No pareció muy satisfecha, pero se acostó.

En el saloncito hubo como un resoplido colectivo de hombres en tensión. En todas las pupilas estaba como impresa la imagen del

espléndido cuerpo de la aristócrata austriaca.

Ataulfo Sanmartín se puso en pie.

—Avisadme cuando lleguen los demás —dijo en español. Se dirigía hacia la puerta cuando Nabil exclamó:

—¿Qué va usted a hacer?

—Ocúpese de sus asuntos, Kombe —le miró fríamente Sanmartín —... Ya los tiene demasiado liados para preocuparse por otras cosas que, a fin de cuentas, sólo son tonterías.

Y abandonó el saloncito.

La mirada de Nabil Kombe quedó fija en la pequeña pantalla, y, tal como temía, no tardó en ver entrar en la habitación de Daniela al atlético centroamericano.

Daniela se sentó en la cama de un salto, cubriéndose el pecho con la ropa. Miraba a Sanmartín con los ojos muy abiertos. Preguntó algo, y Sanmartín contestó sonriendo, acercándose a la cama. Daniela negaba con la cabeza. Para Nabil Kombe era como si la estuviese oyendo decir «no, no, no, no...».

Ataulfo Sanmartín llegó junto a la cama, y de un tirón arrancó la ropa de ésta, pese a los esfuerzos de Daniela por retenerla junto a su cuerpo. La muchacha quedó desnuda e inerme ante el centroamericano, que comenzó a quitarse los pantalones.

Daniela saltó de la cama, y corrió hacia la puerta de la habitación, que intentó abrir. Riendo, Sanmartín le mostró la llave, que se había quedado tras entrar y cerrar.

Ella quedó de espaldas a la puerta, encogida.

Sanmartín le indicó bien claramente que volviese a la cama, pero ella seguía negando con la cabeza, con la voz, con todo el cuerpo. Sanmartín terminó de quitarse los pantalones, se acercó a Daniela, la agarró por un brazo, y la arrastró hacia la cama. La muchacha se resistía tanto que el centroamericano terminó por molestarse, y le encajó un feroz puñetazo en el estómago.

Talmente pareció que Daniela von Karsten se rompiese. Quedó sin fuerzas. Ataulfo Sanmartín la tiró sobre la cama, saltó sobre ella, y pocos segundos después la penetraba vigorosamente.

Nabil Kombe cerró los ojos. Roque soltó una risita, y dijo:

—Pido el segundo turno, después de Ataulfo. Se acercó al televisor y lo apagó.

Pero daba lo mismo. Para Nabil Kombe era como si el televisor

continuara encendido. Peor. Era peor ver con la imaginación cómo Sanmartín penetraba a Daniela von Karsten, se apoderaba de ella, la poseía con toda la fuerza del macho dominante.

Capítulo IV

Hubo una fuerte fricción entre Roque y Ataulfo cuando al regresar éste al salón del chalé, Roque dijo que ahora iba él a hacerle el amor a la austríaca.

—Nada de eso —prohibió Sanmartín—. Esa mujer es sólo para mí.

—¿Sí? —Se encrespó Roque—. ¿Y eso por qué? ¡Aquí nos la estamos jugando todos, y todos tenemos derecho a todo!

—Menos a esa mujer. Te he dicho que la quiero para mí, Roque, y estoy dispuesto a todo para convenceros de ello. ¿Me he explicado?

—No vamos a pelearnos por una mujer —intervino Ginés—. Venga, Roque, déjalo correr. Ya conoces a Ataulfo. Maldita sea, hay miles de mujeres en el mundo…, y si aceptáramos la oferta de Kombe todos podríamos tener las mejores siempre que quisiéramos.

Roque farfulló todavía algo, pero terminó por callarse y aceptar el exclusivismo de Sanmartín sobre Daniela von Karsten. Sentado en el sillón, rumiando su humillación y su rabia, pero procurando disimular, Nabil Kombe se hacía el desentendido. Sin embargo, en su mente se estaba formando una idea, un plan que si le salía bien le iba a proporcionar uno de los mayores goces de su vida: cortarle la cabeza y los testículos a Ataulfo Sanmartín.

Eran más de las tres de la madrugada cuando los cuatro restantes miembros del comando centroamericano llegaron al chalé. Fueron rápidamente puestos al corriente de la situación y de la propuesta hecha por Nabil Kombe. Uno de los recién llegados propuso conversar sin que les escuchase Kombe, y éste fue encerrado en una habitación como la de Daniela…

Casi a las cinco de la madrugada, Ataulfo Sanmartín entró en esa habitación. Kombe, sentado en el borde de la cama, le miró expectante, anhelante. De lo que hubieran hablado aquellos diez

hombres dependía ni más ni menos que su vida.

—De acuerdo —dijo Ataulfo—: nos vamos a quedar con esos treinta millones de dólares, Kombe, y le soltaremos. Ya nos las arreglaremos para explicar nuestro fracaso en casa, y diremos que es imposible acercarse a usted. Pero métase bien esto en la cabeza: si trata de engañarnos, y no lo consigue, lamentará haber nacido. ¿Me comprende?

—Sí.

—Muy bien. ¿Cómo podemos retirar ese dinero de las consignas?

—En realidad son cajas de alquiler.

—Mejor.

—Suelo pasar la mayor parte del tiempo en la Costa Azul —explicó Nabil Kombe—, casi siempre más cerca de Niza que de cualquier otra parte. Por eso, en la estación de Niza, en Avenue Thiers, tengo otra caja de alquiler. En ella guardo algo de dinero… y otras cosas. Ustedes… tendrían que dejar quietas esas otras cosas, y coger solamente las llaves de las cajas de alquiler de las estaciones de París, Londres y Roma, que están en un sobre.

Sanmartín lo contemplaba perplejo y hasta desconfiado.

—¿Tiene usted en una consigna cualquiera cosas de valor? No me refiero a dinero, sino, al parecer, cosas de valor… especial, como es el caso de la caja de alquiler de Niza. Además, si tiene en ésta las llaves de las otras tres cajas corre el riesgo de que alguien las consiga y se quede con los treinta millones de dólares.

—No es tan fácil. Sólo yo sé a qué número de caja corresponde cada una de las llaves. De modo que a nadie le serviría de nada tenerlas si no les digo a qué estación pertenecen y qué número tienen.

—Claro —sonrió Ataulfo—. Pero a mí me lo va a decir, ¿verdad?

—Sí —Kombe tiró de una cadenita que pendía de su cuello, mostrando la pequeña llave de oro que pendía de ella—… Ésta es la llave de la caja de alquiler de Niza. En cuanto a las restantes…

* * *

Treinta horas más tarde, el último par de comandos que habían salido la madrugada anterior hacia Niza, para luego viajar hacia

París, Roma y Londres, regresaban al chalé. Hacía un hermoso sol de primavera. Sentada en un sillón del saloncito, Daniela von Karsten permanecía inmóvil y tranquila, muy serena, mirando de cuando en cuando de reojo a Ataulfo Sanmartín, que la noche anterior la había pasado completa con ella en su habitación…, además de haberla visitado con frecuencia durante el día. Nabil Kombe sentía que se le abrasaban las entrañas, pero su actitud iba siendo cada vez más conciliadora hacia Ataulfo, Ginés, Roque y Lorenzo, que eran los cuatro hombres del comando que se habían quedado en el chalé.

Las tres parejas que habían ido en busca del dinero regresaron sin novedad. Hacia el mediodía, sin que ninguno de ellos hubiera conseguido todavía salir de su pasmo al contemplar tanto dinero junto, la situación estaba bien clara: sólo se trataba de saber si Sanmartín y los demás cumplirían su palabra de dejar marchar a Nabil Kombe y a Daniela.

—Verlo para creerlo —decía Ataulfo, contemplando los fajos de billetes de varias nacionalidades extendidos sobre la mesa, sobre el sofá, en un sillón, en el suelo apilados—… ¡Una verdadera fortuna!

—No tanto —sonrió despectivamente Nabil Kombe.

—¿No? —Le miró Ataulfo—. ¿Quiere decir que todavía tiene más?

—Claro que tengo más, aunque no en efectivo. No podríamos hacernos con él fácilmente, pues habría que convertirlo en líquido… Demasiado complicado. Pero puedo ofrecerle a cada uno de ustedes otros tres millones de dólares si trabajan para mí.

—Vamos, no diga tonterías —rio Ataulfo.

—No son tonterías. Dentro de poco tengo que recibir determinadas instrucciones para realizar un asunto de gran envergadura, para el cual necesitaré hombres como ustedes, con las narices bien puestas.

—¿Qué habría que hacer? —se interesó Ginés.

—No lo sé todavía. Ya les digo que estoy esperando instrucciones. No sé cuál es el asunto, pero si sé que necesitaré personal dispuesto a todo y bien preparado.

—¿No tiene usted personal así? —desconfió Roque.

—Sí. Pero si tuvieran contratiempos tal vez alguien pudiera descubrir mi participación en el asunto capturando o matando a

uno de ellos. En cambio, si matan a un suramericano no lo van a relacionar conmigo. Claro que pueden capturarlo vivo y hacerle hablar, pero… ¿quién se iba a creer que un suramericano o centroamericano estaba trabajando para mí, después del asunto de las armas que coloqué en Centroamérica?

Hubo unos segundos de silencio antes de que Ataulfo preguntara:

—¿Nos daría otros treinta millones por trabajar en ese nuevo asunto?

—Sí. Pero queda bien claro que sólo podría pagarles si el asunto salía bien. Si el plan fracasaba ninguno podríamos ganar nada.

—¿Y usted cree que diez hombres como nosotros podrían conseguir lo que fuese?

—No tendría inconveniente en respaldarlos con mis hombres, aunque en segunda línea, sin hacerse notar salvo que fuese imprescindible.

De nuevo hubo un largo silencio antes de que se oyera ahora la voz de Roque:

—No me gusta esto. No, no me gusta nada. De modo que no vamos a hacerlo, Kombe.

—Un momento —gruñó Ataulfo—. Tranquilízate, ¿quieres? Aquí soy yo quien da las órdenes.

—¿Qué órdenes? —Gruñó Roque—. Vinimos a Europa a cargarnos a este hijoputa, y no lo hemos hecho, sino que nos hemos vendido como perros. Ya te hemos obedecido en esa traición, pero está bien, de acuerdo. Ahora no me vengas con que también quieres darme órdenes para que, en lugar de regresar a casa diciendo que hemos fracasado y que no vemos posibilidad de matar a Kombe, nos pongamos a trabajar para él. De eso nada, Ataulfo.

—Creo que te estás equivocando, Roque —dijo Lorenzo—. Ya hemos jodido el asunto, ¿no es verdad? Pues lleguemos hasta el final. Demonios, si yo puedo retirarme de toda esta mierda con seis millones de dólares no veo por qué he de rechazar tres de ellos.

Hubo murmullo de asentimiento por parte de los demás miembros del grupo. Siguiendo indicaciones de Ataulfo, Nabil y Daniela fueron llevados a una habitación, donde quedaron encerrados, a la espera de que el comando centroamericano deliberara sobre lo que decidían hacer.

—No los engañará —murmuró Daniela—… ¡Son muy listos!

—¿Engañarlos? —La miró fijamente Kombe—. No estoy intentando engañarlos en absoluto. Todo lo que les he dicho es cierto.

—Pero entonces usted… usted es… una persona… abominable.

—¿Más que Sanmartín? —Centellearon los ojos del africano.

Daniela palideció, y bajó la mirada. Kombe la asió por los brazos y la sacudió fuertemente, hasta que ella le miró. Estaba tan insólitamente hermosa que Nabil Kombe sintió furia contra sí mismo por desearla tan desesperadamente.

—Si has sido de él también vas a ser mía —jadeó—… ¡Yo te demostraré lo que es hacer el amor con un hombre! ¡Te haré olvidar a ese maldito perro americano!

—Señor Kombe, me… me está lastimando…

—¿Y él no te ha lastimado?

—No le comprendo a usted —casi lloró Daniela—… ¿Qué le pasa? ¿Es que pretende violarme, como ha hecho Sanmartín? ¿Es eso lo que quiere o espera de mí? ¿O es que no puede soportar la idea de que me haya tenido otro hombre y usted no? ¿Qué clase de mentalidad es la suya? ¿Ni siquiera sabe ver cuándo una mujer necesita ayuda y ternura y no esta brutalidad de que está haciendo gala? ¿Qué quiere usted? ¿Poseerme hasta cansarse, como ha hecho ese hombre? ¡Está bien, pues hágalo, si con eso se da por satisfecho!

¿Cree que vale la pena poseer a una mujer de ese modo, como… como si fuese… una muñeca hinchable?

—¿De qué estás hablando? —jadeó Kombe.

—¿Qué cree usted? ¿Cree que Sanmartín ha tenido de mí algo muy diferente a lo que habría tenido de una muñeca hinchable? Él me ha violado, me ha poseído, es cierto, pero sólo ha tenido… un montón de carne pasiva.

¿Es eso lo que usted cree que vale la pena de mí? ¿Cree que a una mujer se la posee simplemente con el sexo? ¿Se privaría usted de lo mejor que puede darle una mujer sólo a cambio de penetrarla? ¡Oh, por Dios!

Nabil Kombe había soltado por fin a Daniela, y ésta se dejó caer en el borde de la cama y rompió a llorar. El africano estaba lívido, mirándola como si hasta entonces no la hubiera visto bien. Daniela se fue calmando poco a poco, se limpió las lágrimas del rostro, y se

quedó mirando a Kombe, que frunció el ceño.

—Por favor, Nabil, no lo haga —susurró Daniela—… Usted no, por favor, por favor…

—No sé por qué —susurró también Kombe—, pero la deseo a usted más que a nada en el mundo, la deseo más que a ninguna otra mujer. ¡La deseo!

—Creo… que le comprendo. Lo que me ha estado haciendo Sanmartín le ha… excitado a usted, le ha sacado de quicio: usted quería una cosa que no podía tener y que él estaba teniendo tanto como quería… Pero créame, así no vale la pena… ¡Por favor, Nabil!

—¿Acaso podría tenerla de otra manera?

—Todo esto… es absurdo y horrible, no… no sé lo que está ocurriendo, me siento… desquiciada. ¡No me presione, se lo ruego, déjeme que me serene!

La puerta de la habitación se abrió, y entré Ataulfo Sanmartín.

—En principio, vamos a aceptar su oferta —dijo, mirando a Kombe—, pero mis hombres quieren puntualizar algunas cosas con usted, de modo que será mejor que vaya a conversar con ellos.

—Muy bien. Vamos allá.

—Yo me quedo —sonrió Sanmartín, mirando ahora a Daniela—: quiero despedirme de la señorita… adecuadamente.

Daniela se agarró a un brazo de Nabil Kombe, que sintió las uñas de la muchacha clavándose en su carne. La negra mirada del africano se clavó en la no menos negra del centroamericano.

—Ella viene conmigo —dijo con voz tensa Nabil—. A partir de este momento Daniela no va a separarse de mí, y menos para que se quede a solas con usted. Eso terminó, ¿lo entiende?

—Bueno —sonrió simpáticamente Ataulfo Sanmartín—, tampoco hay para tomárselo tan a pecho, hombre. Todas las cosas que hay en la Tierra las puso el buen Dios para que las repartiéramos, de modo que no tengo inconveniente en hacerlo. Que le aproveche.

Soltó una carcajada, y señaló fuera de la habitación. Daniela seguía agarrada desesperadamente a un brazo de Nabil Kombe, que terminó por abrazarla por la cintura, para salir juntos hacia el saloncito de aquel chalé donde Daniela había pasado treinta y seis horas que no olvidaría en su vida.

* * *

El Mercedes se detuvo en el puerto, lo más cerca posible del yate Afrikaan, y, desde la borda, uno de los marineros vio apearse del coche a Nabil Kombe. Cuando éste, tras abrirle la portezuela a Daniela, caminó con ésta hacia la pasarela del lujoso y enorme yate, el personal de éste estaba ya reunido, al frente de Rakir, que tenía una lividez facial propia de un cadáver.

Con un solo gesto, Nabil Kombe impuso serenidad en sus huestes de servidores, y se adentró en el yate, siempre llevando abrazada por la cintura a Daniela von Karsten. Tras ellos caminaban presas del pánico los tres guardaespaldas principales de Kombe: Malik, Otar y Rakir. Aliviados por el hecho de que su amo y señor se encontrase perfectamente, pero presas del pánico porque temían las represalias de éste.

Lo primero que hizo Nabil Kombe fue instalar a Daniela en uno de los lujosos camarotes con baño, dejándola sola a petición de ella. Luego, fue a reunirse al Salón Azul con sus tres protectores personales, que no tenían voz ni para hacer preguntas.

—¿Habéis denunciado mi desaparición a la Policía?

—No… No señor. Bueno, al principio no hicimos nada, porque pensamos… que usted se había llevado a la señorita von Karsten a Cannes. Pero al no tener noticias suyas anoche llamamos a la villa, por si usted deseaba que fuésemos allá. Al no recibir respuesta fuimos a Cannes, y encontramos la villa vacía. Volvimos aquí, donde tampoco sabían nada de usted… La verdad es que hasta esta madrugada no hemos empezado a preocuparnos, y todavía no sabíamos que hacer…

—La culpa fue mía —admitió furiosamente Kombe—. A partir de ahora no os separaréis de mí. En cuanto a la señorita von Karsten, esperaremos a que se bañe para indicarle que llame a su hotel diciendo que unos amigos suyos pasarán a recoger sus cosas y liquidar la cuenta. Os encargaréis de eso con toda discreción.

—Es decir, que ella va a quedarse en el yate.

—Por el momento así es. ¿Hay alguna novedad de Roma?

—No señor. Lo que significa que el asunto sigue adelante. Pero… ¿qué ha ocurrido, señor? ¿Dónde han estado? ¡Si hubiera tardado un par de días más en aparecer podría haberse estropeado

el asunto de Roma!

—Ya lo sé —jadeó furiosamente Kombe—. Pero lo cierto es que estoy aquí, ¿no? Ya os explicaré lo que ha ocurrido. Ahora quiero que os pongáis en contacto con Roma y preguntéis si todo está bien, pues nos disponemos a zarpar hacia Lido di Ostia. Decidles que si no hay variaciones por allí abandonaremos Niza por la mañana, y que a la noche llegaremos a Lido di Ostia, donde quedaremos fondeados. A la mañana siguiente deberán llevar a los asesores en una lancha al yate. Supongo que no hay ningún contratiempo con los asesores.

—Si nadie nos ha dicho nada es que todo sigue el curso provisto.

—Bien, de acuerdo —de pronto Nabil Kombe sonrió siniestramente—… Vamos a tener un equipo colaborador inesperado, Rakir.

—No comprendo, señor.

—Se suele decir que no hay mal que por bien no venga…, y a veces es cierto. Como sea, lo que sí es cierto es que vamos a disponer de un equipo de diez hombres que nos harán el trabajo más sucio y más comprometido: diez centroamericanos dispuestos a todo a cambio de treinta millones de dólares…

—¡Treinta millones! —Casi aulló Otar.

—Ya tienen los primeros treinta —dijo sombríamente Kombe—, de modo que deben de creer que les será igualmente fácil apoderarse de los otros treinta. Y no será así: ni les será fácil ganarlos…, ni recibirán el pago que esperarán recibir, sino otro muy diferente. Ocuparos de todo eso de la señorita von Karsten.

* * *

Daniela abrió la puerta del camarote, y se quedó mirando como atemorizada a Nabil Kombe, que entró y, tras cerrar la puerta, se quedó mirando a la muchacha. Ella estaba cubierta solamente con un albornoz azul que contrastaba con sus rubios cabellos. De su cuerpo emanaba simplemente un perfume de gel de baño. Un cuerpo que Nabil Kombe recordaba perfectamente en toda su belleza desde que lo viera en la pequeña pantalla del televisor.

Y si de aquel modo le había parecido maravilloso…, ¿cómo debía de ser al natural el cuerpo de Daniela von Karsten?

Cuando miró los ojos de ella, Nabil comprendió que Daniela estaba adivinando exactamente lo que él estaba pensando.

—¿Cómo te encuentras? —masculló.

—Bien… Es decir, no… no me duele nada, pero… me siento… todavía sucia, asqueada…

Nabil Kombe asintió. Se acercó más a ella, desanudó el cinturón del albornoz, y apartó éste hacia los lados, de modo que pudo contemplar por fin al natural la espléndida belleza desnuda de Daniela. El africano sintió el estallido del deseo talmente como si hubiera sido una bomba que hubiera explotado en sus entrañas. Se inclinó a besar los pechos de Daniela, que retrocedió, tomando su rostro entre sus finas manos, intentando apartarlo.

—Por favor —sollozó—… ¡Por favor, Nabil, no, no ahora, por favor…!

—¿Cuándo? —jadeó él, irguiéndose y mirándola a los ojos.

—Déjame… reponerme. Yo… yo te diré cuándo, y te… te aseguro que nunca te arrepentirás… de haber esperado… ¡Por favor! Yo… yo empezaba a sentir por ti algo… especial. ¡No lo estropees, te lo ruego!

—Está bien —mordió las palabras Nabil—. Vamos a dejar que se te vaya ese mal recuerdo del perro americano. Ahora tendrías que llamar a tu hotel diciendo que has estado fuera, que ya no vas a regresar, y que unos amigos tuyos pasarán a recoger tus cosas y a liquidar tu cuenta. Pero no debes mencionarme de ninguna manera, ¿de acuerdo?

—Pero… yo creía que sólo estaba aquí momentáneamente… Además, unos amigos vendrán a Niza para reunirse conmigo…

—Déjales un recado de que te esperen unos cuantos días. Pero no les digas a ellos tampoco nada sobre mí. A nadie, Daniela.

—¿No quieres que nadie te relacione conmigo? ¿Por qué?

—Considéralo al revés —consiguió sonreír Kombe—: lo que no quiero es que te relacionen a ti, una von Karsten, con un traficante de armas. Si no recuerdo mal tú misma tenías muy poco agradable opinión de mí, así que no vale la pena que tus amigos sepan que nos conocemos. Simplemente, diles que te vas con otros amigos unos cuantos días a… a Capri, por ejemplo.

—¿Vamos a ir a Capri? Nabil: ¿me estás diciendo que tienes intención de retenerme en tu yate?

—¿Retenerte? —Frunció el ceño ferozmente el africano—. Estoy haciendo todo lo posible para que te consideres mi más distinguida y adorada invitada.

—Entonces, puedo… marcharme cuando quiera…

—Naturalmente —mintió Kombe, para estudiar la reacción de ella. Daniela sonrió dulcemente.

—Ahora es precisamente cuando deseo quedarme —susurró; se acercó a él y le besó con gran suavidad en los labios—… Y te aseguro que nunca te arrepentirás de tratarme con tanta delicadeza, Nabil, querido…

Capítulo V

—Puedes tener la seguridad de que jamás habría creído que una mujer pudiera conseguir esto de mí, Daniela. No soy de los hombres que se despiden en la puerta del dormitorio.

—Dentro de unos días eso me complacerá mucho —susurró Daniela von Karsten—, pero ahora te agradezco mucho que seas tan delicado.

Nabil Kombe se quedó mirando dubitativo a la aristócrata austriaca. Ciertamente, si alguien le hubiera dicho tan sólo un par de días antes que él iba a aceptar una situación como aquélla se habría echado a reír. Pero… así estaban las cosas. Y ello era debido, sin duda, a que Daniela von Karsten no era en absoluto ni de ninguna manera una mujer corriente. Él sabía esto.

—No sé —acabó por refunfuñar—… Como sea, lo cierto es que me cuesta mucho esfuerzo contenerme.

Ella rio dulcemente, le besó en los labios, y entró en su camarote, cerrando la puerta, y Nabil se quedó afuera. Daniela escuchó acercando una oreja a la puerta. No oyó las pisadas de Kombe alejándose, pues el pasillo del yate estaba alfombrado, pero supo que él se alejaba.

Una fría sonrisa se deslizó por los seductores labios de Daniela. Fue al armario, sacó el maletín rojo con florecillas azules que le habían traído del hotel con el resto de su equipaje los hombres de Nabil, y de él sacó la pequeña radio de bolsillo camuflada en un paquete de cigarrillos; tiró de uno de éstos, y en el acto, el aparato emitió el leve zumbido de llamada. Daniela lo dejó sonar tres veces, y cortó la comunicación. Tres segundos más tarde era su radio la que sonaba tres veces emitiendo una señal de llamada. No la contestó. Guardó la radio, fue a sentarse en una butaquita y encendió un cigarrillo.

«—Es como estar en el puesto de mando central —pensó—…

Kombe debe de tener en este yate todo lo que de un modo u otro quiera conservar de modo especial. Si en alguna parte puedo encontrar algo que pueda confirmar mis sospechas es en este yate. Y dentro de este yate, lógicamente, en el despacho».

Siguió fumando, pensativa. Había estado durante el día en el fastuoso despacho de Nabil Kombe en el Afrikaan, y estaba segura de que había localizado el lugar donde se hallaba camuflada la caja fuerte. La pregunta era: ¿valía la pena arriesgar su buena posición en el yate a cambio sólo de la posibilidad de encontrar en la caja fuerte algo que confirmase sus retorcidas sospechas?

«—Tantos años de espionaje me han vuelto maquiavélica —se dijo—… Pero la verdad es que he visto tantas cosas increíbles…».

Terminó el cigarrillo, se puso un encantador pijama azul, y se quitó las lentillas de contacto, dejando al descubierto sus espléndidos ojos azules. Al menos durante unas pocas horas podría descansar de las aborrecidas lentillas.

Se acostó, dando la orden a su mente de que la despertase tres horas después.

Tres horas después se despertó, suave y tranquilamente. El silencio era total en el yate, y tampoco desde el puerto llegaba sonido alguno. Niza dormía. ¿Dormía también toda la gente del yate?

La señorita von Karsten se levantó, salió del camarote, y, descalza, recorrió el pasillo alfombrado en dirección al despacho de Nabil Kombe. Si encontraba la puerta cerrada, simplemente se volvería a su camarote sin intentar nada.

Pero la puerta del despacho no estaba cerrada con llave, de modo que Daniela pudo entrar sin problema alguno. ¿Significaba esto que Kombe no tenía en el despacho nada que pudiera tentar a nadie? No le pareció admisible. Segundos más tarde se hallaba ante el pequeño cuadro situado en un panel a la derecha del sillón giratorio de Kombe. Apartó cuidadosamente el cuadro, y en el espacio descubierto sólo vio panel de rica madera. Retiró el cuadro, que dejó sobre la mesa, y volvió ante la pared, comenzando a palpar delicadamente la madera. Pocos segundos tardó en oír un levísimo chasquido, y acto seguido un rectángulo de madera se alzó completamente, hasta quedar pegado a la pared, en la parte de arriba.

Por las portillas entraba el resplandor del puerto. Como una quieta mancha amarillenta, proporcionando la luz necesaria para que Daniela pudiera desenvolverse con soltura. Se colocó ante la caja fuerte, y comenzó a manipular delicadamente en el dial, escuchando los movimientos del mecanismo de cierre… En esto estaba cuando recordó que no se había puesto las lentillas de contacto que conferían a sus ojos una tonalidad negra, y esto la distrajo un instante; si en algún momento durante aquella pequeña excursión se encontraba a alguien, seguro que quien fuese repararía en el insólito detalle de que los negros ojos de la señorita von Karsten se habían tornado azules…

Tardó sólo dos minutos en abrir la puerta de la caja fuerte. Su temor de que sonase una alarma no se cumplió. De manera que la situación estaba bien clara; o aquella facilidad era una trampa de alguna manera, o Nabil Kombe tenía absoluta confianza en todo el personal del Afrikaan.

O no había en la caja nada que valiese nada para nadie.

Daniela comenzó a sacar sobres y pequeños paquetes y estuches, que fue dejando sobre la mesa. Los paquetes contenían documentos, los estuches joyas de considerable valor, en los sobres había billetes de banco de varios países… Había una pistola, un juego de llaves, varios pasaportes… Pronto comprendió Daniela que si algo interesante se podía obtener de allí sólo podía ser examinando los documentos. Y para esto necesitaba luz.

Tras un breve titubeo, encendió la lamparita de la mesa. Ya sería mala suerte que en el minuto que pudiese dedicar a echar un vistazo a los documentos alguien viera luz en el despacho de Kombe.

Inmediatamente, su atención quedó atrapada por uno de los documentos, redactado en francés. Nada más leer quince o veinte líneas Daniela supo que se trataba de un acuerdo entre un personaje holandés llamado Der Munke, y Nabil Kombe, por medio del cual Kombe se comprometía a venderle a Der Munke todo el petróleo que a partir del año 1988 se extrajese en Aarb, es decir, en el país de Nabil Kombe. Chocante. ¿Cómo podía comprometerse Nabil a semejante cosa? ¿Acaso podía disponer él de los riquísimos yacimientos petrolíferos de Aarb…?

Un instante antes de que la puerta del despacho se abriese,

Daniela supo que esto iba a suceder, porque su finísimo oído captó el levísimo sonido de la manilla al ser movida. Y en efecto, la puerta se abrió, y en el umbral, vestido normalmente, quedó visible el hercúleo Malik, que se quedó mirándola con perversa expresión.

La situación era tan absolutamente inequívoca que no valía la pena intentar encontrar cualquier excusa o explicación: simplemente, a la señorita von Karsten la habían pillado con las manos en la masa. Así de simple.

Durante unos segundos los dos estuvieron inmóviles, simplemente mirándose. Luego, Malik entró, cerró la puerta, y se acercó despacio a Daniela, que no dejaba de mirarle a los ojos. El africano llegó ante la mesa, miró todo lo que Daniela había desparramado sobre ella, y comentó:

—No creo que sea usted una ladrona.

—¿Pues qué otra cosa soy? —sonrió Daniela.

—Una zorra de mucho cuidado. La he estado observando durante el día de hoy, y me ha admirado el modo en que ha estado usted manejando al señor Kombe. No, no es una ladrona vulgar. ¿Qué es?

—Una espía americana.

—¿Quiere decir de la CIA?

—Exactamente.

—Claro que no —sonrió Malik.

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Daniela.

—Porque no. Tiene usted unos ojos asombrosos: se diría que ya no son tan negros como antes. Al señor Kombe le vamos a dar una sorpresa. Vamos, camine.

—¿No podríamos… llegar a un acuerdo privado nosotros dos, Malik?

—¿Qué clase de acuerdo?

—Estoy dispuesta a escuchar cualquier sugerencia que se le ocurra.

—¿Haría usted el amor conmigo sin comentarlo con el señor Kombe, por ejemplo?

—Lo haría encantada. Sería nuestro secreto.

Daniela sonrió. Malik sonrió. Era tan corpulento que debía de pesar el doble que Daniela, es decir, más de ciento veinte kilos. Era enorme, fuerte como un caballo. Algo debió de hacerle gracia,

porque su sonrisa se ensanchó como jubilosamente.

—Bueno, podríamos hacer una prueba ahora mismo —dijo.

—Pero no aquí —se alarmó Daniela—. Vamos a mi camarote…

—No. Quiero hacerlo aquí. Desnúdate.

Daniela se quitó el pijama, quedando completamente desnuda. En los pequeños y astutos ojos da Malik apareció incontenible la admiración y el deseo. Pero sin duda sabía muy bien a qué atenerse con su amo, porque dijo:

—¿Ves como eres una zorra de cuidado? Pero no seré yo quien se deje manejar por ti, puedes estar segura. Venga, tal como estás, vamos a visitar al señor Kombe.

Daniela se acercó a Malik, y le echó los brazos al cuello, con un gracioso gesto felino y seductor.

—No seas tonto —susurró—… Ven a mi camarote, los dos solos.

En realidad, lo único que hizo Malik fue adelantar su propia muerte al negar con un rotundo «no» al tiempo que empujaba a Daniela para apartarla. Si hubiera ido con ella a su camarote, Daniela habría recurrido a su pequeña pistola de cachas de madreperla para matar a Malik de un tiro en la frente, pero puesto que el africano no aceptaba esa invitación, había que resolver la cuestión inmediatamente y como fuese.

Así que la señorita von Karsten alzó la mano derecha y descargó un tremendo golpe de karate en la frente de Malik. Éste tuvo la impresión de que, de repente, se apagaba la luz, que todo quedaba a oscuras. Pero fue un apagón brevísimo; para sorpresa de Daniela, tras el impacto que apenas le hizo tambalearse, Malik se recuperó inmediatamente…, mientras que la mano derecha de Daniela parecía recién salida de una trituradora.

Malik adelantó una mano, y como si fuese una horrenda pinza, atrapó con ella el pecho de Daniela, que palideció en el acto cuando el africano apretó con una brutalidad espantosa. El dolor fue tan intenso, tan horrible, que Daniela estuvo a punto de desmayarse…, mientras en su mente sonaba la alarma: estaba perdiendo el control de la situación, y eso, simplemente, podía costarle la vida.

Con la mano izquierda amenazó otro golpe a la cabeza de Malik, que alzó un brazo para pararlo, dedicando toda su atención a la llegada de ese golpe. Entonces, Daniela le aplicó un rodillazo en los testículos. El hercúleo sicario de Nabil Kombe soltó un bufido, retiró

la mano del pecho de Daniela, y se encogió un poco…, desconcertado por la siguiente acción de la señorita von Karsten, que se desplazó velozmente hacia su derecha.

Cuando Malik vino a darse cuenta Daniela estaba subida a su espalda, rodeando su garganta con el brazo derecho, y agarrando esta mano con la izquierda para cerrar y apretar la presa de estrangulación. Durante los primeros segundos, que fueron más de desconcierto que de otra cosa, Malik no acertó a hacer nada, salvo dar un par de manotazos hacia atrás intentando agarrar a la pantera que le estaba estrangulando, y que ahora había cruzado sus piernas pasándolas por las ingles del africano. Éste comprendió por fin que la cosa era mucho más seria de lo que había creído, y entonces echó las manos hacia atrás, en busca de la cabellera de Daniela, que esquivó la presa efectuando una sorprendente escalada por la espalda de Malik, de modo que al quedar más arriba todavía pudo atraer más sus brazos, apretando más la presa.

Malik quiso gritar entonces, no sólo pensando en que le llegase ayuda, sino avisando de que allí estaba ocurriendo algo.

Tampoco estaba ya en condiciones de gritar.

Sintió un zumbido dentro de su cabeza, comprendió que iba a caer al suelo, y entonces quiso aplastar con su peso a la fiera que lo estaba matando… Para su sorpresa y terror, la fiera resistió el impacto, y continuó apretando, apretando, apretando…

Cuando esta vez se apagó la luz en los ojos de Malik, fue para siempre.

* * *

—¿Está ocurriendo algo? —preguntó Daniela, nada más llegar al saloncito para desayunar en compañía de Nabil Kombe—. Hace rato que me parece oír un poco de alboroto.

Kombe se quedó mirándola con expresión colérica.

—Malik ha desaparecido —murmuró—. Y con él, más de doscientos mil dólares.

—¿Qué quieres decir? —se «sorprendió» la señorita von Karsten.

—Ese cerdo consiguió abrir mi caja fuerte, robó todo el dinero en efectivo que había en ella, y se largó, abandonando su turno de ronda por el yate. Lo hemos buscado por todo el barco sin hallarlo,

de modo que la cosa está bien clara.

—¿Es seguro que te ha robado?

—Claro. Ya he mirado en la caja, y el dinero no está.

—Pero… Bueno, parecía tan fiel a ti…

—Ese maldito perro… Y lo ha hecho en el momento más favorable para él, cuando sabe que no puedo quedarme por aquí para buscarlo… ¡Pero ya lo encontraré! No se trata sólo del dinero, sino de la traición. ¡Cuando lo encuentre…! —Dejó la amenaza en el aire, y de pronto sonrió—. Daniela, eres la mujer más espléndida que he conocido en mi vida.

—Eres muy amable —rio ella—, pero también muy exagerado.

—Desde luego que no. ¿Cómo te encuentras?

—Físicamente, bien.

—Esperemos que esta noche te encuentres perfectamente. Los aires del mar te harán bien, nos vamos dentro de una hora a Lido di Ostia. Estaremos todo el día navegando.

—¡Y podré tomar el sol! ¡Siempre me ha gustado tanto el sol…!

* * *

A la luz de la luna se veía perfectamente la pequeña lancha acercándose al Afrikaan procedente de la costa.

Desde la portilla de su camarote, Daniela la estuvo mirando hasta que llegó tan cerca del yate que habría tenido que asomarse por la portilla para seguir viéndola, poniéndose en evidencia.

Comprendía ahora por qué Nabil había aceptado tan fácilmente no acostarse con ella: estaba esperando a alguien, y esa persona o personas llegaban en aquella lancha procedentes de Lido di Ostia, cuyas luces se veían en la distancia como sugiriendo una gigantesca luciérnaga. Había sido un día de sol, de tranquilidad, de tan grata vida que habría sido muy hermoso que fuese todo de verdad.

Pero la verdad llegaba ahora, con aquella lancha.

La señorita von Karsten no vaciló en absoluto: sobre el pijama se puso una de las batas que encontró en el armario, y abandonó su camarote.

Poco después entraba en el despacho de Nabil Kombe, empezando a preguntar:

—Nabil, ¿esa lancha que he oído…?

Se calló, como sorprendida por la presencia de dos desconocidos en el despacho. Se hallaban sentados frente a la mesa de Kombe, el cual se puso en pie, frunciendo el ceño. Los dos desconocidos le imitaron, volviéndose hacia la recién llegada, que tras un encantador gesto mordiéndose el labio inferior, se disculpó:

—Oh, perdón, no sabía… Creí…

—¿Qué creíste? —indagó Kombe.

—Pensé… que era algo relacionado con Malik… No sé.

Los dos hombres miraban con mal disimulado interés a Daniela, que por su parte parecía hacer esfuerzos para no mirarlos directamente. Ambos debían de tener alrededor de treinta y cinco años, eran altos, atléticos, rubios, de facciones atractivas, pero de expresión dura, escrutadora. Vestían bien, con corrección, y sin duda tenían un buen sastre que sabía disimular el bulto de la pistola bajo la chaqueta lo mejor posible, aunque no lo suficiente para la mirada de Daniela.

—Tal vez la hemos despertado nosotros —dijo uno de ellos—. Sea tan amable de disculparnos.

—No, no… Todavía estaba despierta, leyendo. Soy yo quien tiene que disculparse por haberles interrumpido. Lo siento. —Se acercó a la mesa, sonriendo a Kombe—. Perdona mi intromisión, querido.

Le besó en una mejilla, y pareció dispuesta a retirarse, pero de repente tendió la mano al visitante que había hablado.

—Encantada. Perdón de nuevo.

El atleta aceptó la mano femenina, que retuvo, mientras dirigía una mirada irónica a Nabil Kombe. Y lo mismo hacía el otro visitante. Kombe se daba perfecta cuenta de que la actitud de Daniela, al tender la mano a unos desconocidos, no era precisamente adecuada, pero siguió el juego.

—Querida, te presento a los señores Turner y Embury, unos caballeros británicos con los que tengo negocios. Caballeros: la señorita Daniela von Karsten, mi invitada.

—Es usted un sabio eligiendo invitados, señor Kombe —sonrió Turner, que hasta entonces no había hablado.

—Y también es sabio eligiendo visitas —rio Daniela—… ¡Son ustedes muy simpáticos!

Mientras se mostraba tan encantadora Daniela dirigió un veloz y

bien disimulado vistazo a la mesa, sobre la cual había visto papeles de gran tamaño, que le habían parecido mapas. Eran mapas, en efecto. El simple y veloz vistazo fue suficiente para que identificase la zona del planeta que detallaba a gran escala aquel mapa que sin duda habían estado estudiando los tres hombres: la zona del Mar Rojo y la del Golfo de Adén.

Es decir, la zona africana donde se hallaba Aarb, la patria de Nabil Kombe, con costa parte en el Mar Rojo y parte en el Golfo de Adén. Era inconfundible, en absoluto dudoso.

Los visitantes de Kombe sonreían simpáticamente, y éste tomaba de un brazo a Daniela, también muy amable, pero firme, llevándola hacia la puerta.

—Vuelvo enseguida —dijo a Turner y Embury—. Ustedes sigan estudiando esas posibilidades agrícolas de la zona.

Daniela von Karsten estuvo a punto de soltar la carcajada. ¡Posibilidades agrícolas! ¡Qué majadería! Por supuesto logró aceptar las palabras de Kombe sin manifestar postura u opinión alguna, y ambos salieron del despacho. Ella se volvió hacia él con expresión consternada.

—Cuánto lo siento, querido —murmuró—… He sido inoportuna, ¿verdad?

—Sólo un poco —sonrió el africano, acariciándole una mejilla—. Pero no tiene importancia. Te acompañaré a tu camarote.

—Oh, no. No… no es necesario, de veras.

—Como quieras —titubeó él—… Por favor, no cierres la puerta con llave esta noche.

Daniela se quedó mirándole fijamente.

Luego, tras una leve sonrisa capaz de enternecer las más negras entrañas, dio la vuelta y emprendió el regreso a su camarote. Entró en éste, cerró con la llave, y se acostó.

Casi dos horas más tarde oyó moverse la manilla de la puerta, que por supuesto no fue abierta por el cauteloso visitante. Hubo un poco de insistencia en el intento de abrir la puerta, pero luego todo quedó en quietud y en silencio.

Daniela von Karsten esbozó una sarcástica sonrisa, y segundos después estaba de nuevo durmiendo apaciblemente.

Capítulo VI

—¿Todavía estás enfadado? —murmuró dulcemente, poniendo una mano sobre una de Nabil—. No deberías estarlo: simplemente no me pareció correcto recibirte anoche, teniendo invitados.

—Cuando yo fui a visitarte —dijo inexpresivamente Kombe—, los invitados ya se habían marchado.

—Ah… Lo siento. ¡Creí que iban a quedarse en el yate!

—Pero debiste de oír su lancha alejándose.

—No —mintió ella—. Me quedé dormida muy pronto, y ya no me he enterado de nada hasta que he despertado esta mañana. Por favor, Nabil, no te enfades conmigo.

Él miró la mano de ella sobre la suya, y frunció el ceño.

—¿Qué te ha ocurrido en la mano? —se interesó—. Parece como si la tuvieras un poco hinchada.

—Me di un absurdo golpe en la bañera ayer. No es nada… Me duele un poco, pero no es nada. ¿Qué vamos a hacer el día de hoy? ¿Volveremos a navegar?

—No puedo asegurarlo. Hoy espero otra visita.

—¿Sí? ¿Quién?

—Un personaje al que tú ya conoces —sonrió torcidamente Kombe.

El personaje en cuestión llegó cerca de las once de la mañana, a bordo de una lancha sin duda alquilada en Lido di Ostia. El sol refulgía sobre las azules aguas como en un cuadro ideal de primavera marina. Daniela ni siquiera parpadeó cuando el personaje visitante subió a bordo, se plantó ante ella, y saludó:

—Buenos días, señorita von Karsten. ¿Qué tal?

—Ahora, mal —replicó ella—… No sé por qué pero estoy sintiendo unas náuseas espantosas. ¿Cómo se ha atrevido a venir aquí?

—Estoy contratado por el señor Kombe para realizar unos

negocios —rio Ataulfo Sanmartín—… ¿No se lo ha dicho él?

—Me dijo que íbamos a tener visita esta mañana, pero si hubiera sabido que era usted me habría tirado de cabeza al mar.

—Todavía está a tiempo de hacerlo —rio de nuevo Sanmartín—. Pero me permito advertirle que el agua, en esta época, todavía debe de estar un poco fría.

Nabil Kombe apareció en cubierta cuando Daniela preparaba su respuesta, que no llegó a realizarse. Kombe llegó, saludando afablemente a Ataulfo, pero sin tenderse la mano el uno al otro. Ataulfo Sanmartín hizo un comentario sobre lo impresionante que resultaba el Afrikaan, y tras algunas frases más sin trascendencia alguna los dos hombres se adentraron en el yate.

Sanmartín iba mirando a todos lados, admirado y como hostil al mismo tiempo. Evidentemente, el lujo del Afrikaan, por completo fuera de lo corriente, debía de ofrecerle gran contraste con otros ambientes. Pero no comentó nada. Ni siquiera cuando ya en el despacho de Kombe, éste le señaló un sillón y una caja de oro musical que contenía pequeños cigarros habanos liados a mano. Ataulfo encendió uno de esos cigarros, hizo un gesto aprobativo, y se quedó mirando inexpresivamente a Kombe, que empujó hacia él un sobre.

Dejando el cigarro entre sus dientes, Ataulfo tomó el sobre, sacó las fotografías que contenía, y las miró, siempre inexpresivo el rostro. Casi todas las fotografías correspondían al mismo hombre: un sujeto de unos cincuenta años, indudablemente de raza africana idéntica a la de Kombe. Frente un tanto angosta, facciones blandas y atractivas, boca sensual, nariz grande, un bello bigote de largas guías como encerrando la boca de hombre gozador…

—¿Lo conoce? —inquirió Kombe.

—Naturalmente: es Mobe Tonsako, rey de Aarb. ¿Quiénes son las personas que están con él?

—Las mujeres son algunas de sus esposas. Los hombres, personajes adictos a Mobe y su reinado en Aarb. Esas fotos han sido tomadas hace apenas veinticuatro horas. Me las trajeron anoche al yate unos amigos.

—Pues se han dado mucha prisa en llegar desde Aarb con las fotos.

—No —sonrió Kombe—. Lo que ocurre es que Mobe Tonsako

está en Roma pasando unos días.

—Ah. —La mirada de Ataulfo se alertó, expresó su viva inteligencia y comprensión—. ¿Debo entender que usted me contrató precisamente para algo relacionado con su rey?

—Sí —asintió Kombe—: usted y sus hombres tienen que secuestrarlo y traerlo a este barco.

Sanmartín miró casi coléricamente a Kombe.

—¿Está bromeando? —Gruñó—. ¿Cree que el rey de Aarb va a estar tan descuidadamente protegido como usted? Para secuestrar a este hombre yo necesitaría… más de treinta hombres, mucho armamento, una larga planificación…

—Tiene que hacerlo antes de cuarenta y ocho horas y sólo con los hombres de que dispone —dijo secamente Kombe—. O eso, o no hace falta que prosigamos esta conversación. Y olvide esos treinta millones más, claro está.

Ataulfo Sanmartín masculló algunas maldiciones en español, miró de nuevo las fotos del rey Mobe Tonsako, y otra vez, con sus negros ojos impenetrables, al rostro del expectante Nabil Kombe.

—¿Dónde está Mobe Tonsako? —murmuró—. ¿En un gran hotel de Roma?

—No. Un eminente italiano amigo personal suyo y muy introducido en el Vaticano lo ha instalado como invitado en su villa, una de las más elegantes de Villa Borghese. ¿Conoce usted Roma?

—Se puede decir que no.

—Puedo proporcionarle todos cuantos planos o mapas precise, así como cualquier información de cualquier clase.

—¿Y material?

—Si se refiere a armas, no —rechazó Kombe—. Las armas, últimamente, sólo me traen disgustos.

—Ya, ya —sonrió irónicamente Ataulfo—. O sea, que su colaboración o respaldo a la operación que realizaríamos mis hombres y yo sería solamente de tipo logístico.

—Podemos decirlo así —afirmó Kombe—. Lo que no es poco.

—Me permito suponer que esa villa debe de estar adecuadamente custodiada en todo momento, y más ahora que aloja a un rey.

—Es claro que la villa debe de estar protegida con sistemas de

alarma, y hasta es posible que con sistemas de… disuasión, como perros y hombres armados, digamos en circunstancias normales, y más ahora, con un rey entre sus muros, evidentemente.

—¿Cuántos perros, cuántos hombres, qué sistemas de alarma?

—Cuatro perros, quizás una docena de hombres más la guardia personal que haya traído Mobe Tonsako, y armas supongo que variadas y modernas, pero todas de mano, de uso digamos personal. Dudo mucho que tengan ametralladoras o algo parecido.

—No me sorprendería que tuviesen morteros —deslizó Ataulfo.

—Podría ser —admitió Kombe.

—La verdad, no es ningún encarguito que pueda llamarse fácil.

—Tampoco es fácil en esta vida ganar treinta millones de dólares.

—Eso es cierto —sonrió Sanmartín—. ¿Puedo ver ahora el material logístico de que usted dispone?

Nabil Kombe colocó una carpeta ante Ataulfo. Éste la abrió, sacó fotografías de una hermosa villa rodeada de jardines, planos de Roma, ampliaciones de Villa Borghese. Había también un esquema de la villa, indicando la ubicación del garaje, del salón, la cocina, otras dependencias…

—Es decir —miró de pronto Ataulfo a Kombe— que usted tenía planeado todo esto hace tiempo, de modo que esos amigos que ha mencionado le han conseguido las fotografías, los planos, toda la información en general relacionada con la visita de su rey a Roma.

—Claro.

—¿Qué amigos son ésos?

—No le importa a usted.

—En cierto modo sí. Ya que son tan eficaces, bien podían haberse encargado ellos de todo, incluyendo el secuestro, o sea, la acción directa.

—Ya le expliqué que si ocurren contratiempos quisiera tener las espaldas lo mejor guardadas posible. Está bien claro que si usted y sus hombres no lo hacen estoy preparado para resolverlo de otro modo, pero prefiero que se la jueguen ustedes.

—Ya veo, ya… O sea, debemos secuestrar a su rey y traerlo a este barco.

¿Es eso?

—Sí. Y hacerlo bien y sin comprometerme, naturalmente.

—Naturalmente. ¿Puedo saber dónde están los treinta millones?

—Los recibirá en efectivo y en propia mano cuando yo tenga ante mí a Mobe Tonsako. Y eso tendría que ser antes de cuarenta y ocho horas.

—¿Qué me contestaría usted si yo le preguntara los motivos por los que quiere secuestrar a su rey?

—Que se ocupara de sus asuntos.

—Es la respuesta que esperaba —sonrió Ataulfo; volvió a mirar los planos, mapas y demás apuntes, movió la cabeza, estuvo unos segundos fumando y mirando el aromático humo como abstraído, y por fin dijo—: De acuerdo: lo más tarde dentro de cuarenta y ocho horas le traeré aquí a Mobe Tonsako.

—Aquí, no —rechazó Kombe, entregando un papel a Ataulfo—… Le he anotado el número del radioteléfono del yate. Llámeme cuando tenga a Tonsako, y le diré entonces dónde y cómo debe entregármelo.

Ataulfo Sanmartín asintió, se puso en pie, lo recogió todo, y se dirigió hacia la puerta del despacho, seguido por Kombe. Poco después, el centroamericano desembarcaba, tras haber dirigido una sonriente mirada de complicidad a Daniela von Karsten, que desvió la mirada y se mordió los labios.

—No te preocupes ni te tortures más —susurró Kombe junto a ella—: muy pronto, ese hombre pagará lo que te hizo. Lo pagará todo junto… después de que haya llevado a cabo un trabajo que sin duda hará mejor de lo que yo podía haber esperado de mis hombres.

—¿Qué trabajo?

—No te preocupes —Nabil le acarició el rostro—… ¿Te gustaría que navegásemos por alta mar y tomar el sol como ayer?

—Oh, sí —exclamó ella—… ¡Me encantaría, querido!

La lancha, pilotada por Ataulfo Sanmartín, navegaba velozmente hacia la costa italiana, directa hacia uno de los embarcaderos de Lido di Ostia, donde Roque esperaba a Ataulfo al volante de un automóvil de lo más discreto y vulgar.

Y junto a Roque se sentaba apenas media hora después el impresionante Ataulfo Sanmartín, que hizo una seña indicando a Roque que debían emprender el regreso a Roma.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Roque, ya el coche en marcha.

—Bien. Tenemos que realizar un secuestro.

Con concisión pero con precisión, Sanmartín explicó el asunto. Roque no se inmutó en absoluto al saber que tenían que asaltar una villa magníficamente defendida y secuestrar ni más ni menos que un rey. Al contrario, por sus palabras pareció que lo diese por hecho.

—Lo siento por ese Mobe Tonsako, pues está claro que el canallita de Kombe no lo quiere secuestrar para nada bueno. ¿Cuándo lo haremos?

—Mañana por la tarde —dijo Sanmartín, impávido—, así que sólo disponemos de veinticuatro horas para prepararlo todo.

—En veinticuatro horas, *signore* —dijo Roque, sonriendo—, usted es capaz de preparar eficazmente el asalto al Pentágono.

—En realidad sólo hay una cosa que me preocupa ligeramente —dijo Ataulfo Sanmartín—, y es saber qué clase de aliados tiene Nabil Kombe aparte de sus hombres. Trabajan muy bien: tanto las fotografías, como los mapas, planos, diagramas y material informativo en general son de gran calidad. Yo diría que de la mejor calidad, propia de auténticos expertos de altísimo nivel.

—¿Como por ejemplo…?

—Como por ejemplo, un servicio secreto de primera categoría, empezando por la KGB y terminando por la mismísima CIA. Como siempre, ella tendrá razón: algo está oliendo a podrido…, a intensa y repugnantemente podrido.

* * *

El «paseo» en yate duró cerca de cuatro horas, y cuando de nuevo se divisó tierra desde su cubierta, Daniela calculó que habían navegado no menos de cien millas. Entre esto y otros cálculos, su conclusión sólo podía ser una: la tierra que estaban viendo correspondía a la costa de Capri. ¡Cuántos recuerdos acudieron a su mente…![1].

—He preferido darte la sorpresa —apareció Kombe en la cubierta, sentándose en una extensible—: terminaremos de pasar el día en Capri.

—¡O sea, que estamos en Capri! —exclamó gozosamente Daniela —. ¡Hace tanto tiempo que no vengo por aquí que ni siquiera

recuerdo cómo es!

—Pronto lo recordarás. Nos reuniremos allá con unos amigos…, que te resultaron muy simpáticos.

—¿Sí? ¿Quiénes?

—James Turner y Randolph Embury. Supongo que los recuerdas.

—Oh, sí… ¡Claro! ¿Tal vez tenéis en estudio algún proyecto agrícola sobre Capri?

—Más o menos —se echó a reír Kombe—… ¡Más o menos, querida!

—¿He dicho algo especialmente gracioso? —sonrió encantadoramente Daniela.

—Sigue tomando el sol —dijo cariñosamente el africano—… Aunque pronto echaremos el ancla cerca de la isla, no desembarcaremos hasta la tarde, para dar un paseo.

Efectivamente, hacia las cinco de la tarde una de las pequeñas lanchas del Afrikaan fue botada, y Daniela, Kombe y tres hombres de éste pasaron a bordo. Uno de los hombres era de la tripulación, y pilotó la lancha hacia el puerto de Marina Grande, cerca del cual había quedado el yate. Los otros dos hombres eran Otar y Rakir.

En Marina Grande había un ambiente deliciosamente agradable, y Daniela von Karsten recordó, con una nitidez que la sorprendió, aquella ocasión, tanto tiempo atrás, en que llegara a Capri, siendo recibido por Nathan, es decir, por quien luego sería y seguía siendo uno de sus mejores amigos: Nataniel de San Nataniel…

—¿Te ocurre algo? ¿Te has mareado, tal vez?

Miró sobresaltada a Kombe, que la miraba preocupado. La lancha se había detenido ya, y ella, tan abstraída, tan intensamente inmersa mentalmente en el pasado, ni se había dado cuenta.

—Oh, no —exclamó—… ¡Estoy perfectamente!

—Lo celebro. Vamos a la Piazza, a tomar algo y a disfrutar del ambiente.

¿Qué te gustaría tomar?

—Champán… ¿Qué otra cosa se puede tomar? —rio Daniela.

Poco después se instalaban ante una de las mesitas blancas del Novo Palazzo, un café provisto de toldos blancos listados de amarillo. Toda la Piazza estaba llena de gente, especialmente turistas, muchos de ellos norteamericanos… Cuando aparecieron Turner y Embury, sonrientes, Daniela les sonrió amistosamente,

mirándoles por encima de su copa de champán. Hubo realmente tanta cordialidad en la sonrisa de Daniela que los dos británicos quedaron momentáneamente desconcertados.

—¿Qué tal? —saludó Kombe—. ¿Todo bien?

—Todo perfecto —aseguró Embury—. Por nuestra parte no vemos ningún inconveniente en ningún punto de la operación aquí, y tenemos noticias de allí de que todo está a punto.

—¿Dónde es allí? —inquirió ingenuamente Daniela—. ¡Yo creía que esos planes agrícolas eran para Capri!

Turner y Embury se quedaron mirándola inexpresivamente. Nabil Kombe rio quedamente, y dijo:

—A partir de ahora ya no es necesario que nos separemos, de modo que se vendrán al yate conmigo. Tengo que estar antes del amanecer en Lido di Ostia, pues mañana en cualquier momento puede llamarme Sanmartín, y no quisiera estar fuera del alcance de esa llamada radiotelefónica. Pero podemos cenar en tierra…

—El Gato Blanco es un sitio excelente —aseguró Embury—… Pidan pescado, por supuesto. ¿Le importaría que nosotros nos instaláramos ya en el yate, señor Kombe? Ustedes cenarán mejor solos, y nosotros quisiéramos retirarnos pronto a descansar.

—No hay problema —sonrió Kombe—. Daniela y yo nos las arreglaremos sin ustedes.

* * *

Ella iba a cerrar la puerta del camarote, pero él se lo impidió apoyando en la madera su mano morena y grande. Daniela le miró entonces a los ojos, y él susurró:

—Esta noche, no, Daniela. Y no me digas que no te encuentras bien. Has estado encantadora y vital durante el paseo por Capri, durante la cena, en el club nocturno… Son las dos de la madrugada, estoy como… impregnado en tu perfume de mujer, te deseo a morir…, y no se me ocurre nada por lo que tú puedas rechazarme.

—Claro que no, querido —sonrió ella dulcemente, apartándose —… Pasa. Toda mi noche te pertenece.

* * *

Alrededor de la quinta de Villa Borghese en la cual se hallaba instalado Mobe Tonsako, rey de Aarb, Ataulfo Sanmartín había dispuesto dos camiones, dos camionetas y seis automóviles, que habían sido colocados en sus respectivas posiciones por él y los restantes nueve hombres de su comando, que finalmente se reunieron con él en Viale Magnolie, cerca del cruce con Viale di San Paolo de Brasile.

Tanto Ataulfo como los nueve acompañantes vestían de modo corriente, sin detalle alguno que sugiriese ni remotamente un equipo de comando ni nada parecido. Trajes normales, calzado normal… Cada uno de ellos llevaba un portafolios, único detalle que podía sugerir una cierta idea de uniformidad. Eran las seis y media de la tarde, y el sol parecía encender la vegetación de Villa Borghese.

Los diez hombres se reunieron como si se encontrasen casualmente; no había en ellos ningún gesto de disimulo, todo era natural.

—¿Alguna novedad? —preguntó Sanmartín—. ¿Algún contratiempo, algo que pueda parecer sospechoso por mínimamente que sea?

Ninguno de los nueve hombres dijo nada. Sanmartín asintió, se puso unos lentes oscuros y un viejo sombrero, y simplemente se separó de sus hombres.

Tres minutos más tarde llamaba a las verjas de la fastuosa villa donde, de incógnito, se hallaba invitado Mobe Tonsako, rey de Aarb. Tras tirar de la cadenita se quedó inmóvil, contemplando el jardín a través de las verjas. El portero se acercaba a éstas, pero Ataulfo dedicaba más atención al interior del jardín. Vio dos hombres paseando cerca de la casa, pintada de ocre, con toldos azules. A un lado había un grupo escultórico que casi resultaba recargado, ostentoso. También vio un perro.

Dos hombres y un perro. Vigilancia de mantenimiento, simplemente. Seguro que por la noche se triplicaría, por lo menos. En cambio, durante el día, los sistemas técnicos visuales de vigilancia debían de funcionar mejor que durante la noche…

—¿Diga, señor? —preguntó el portero a través de las verjas.

—Soy el doctor Tomasini —se presentó Ataulfo.

—¿Por quién pregunta?

—¿Cómo, que por quién pregunto? —Gruñó Ataulfo—. Oiga, alguien de esta casa me ha llamado a consulta, y ha insistido mucho en que viniera cuanto antes. Ofrecí enviar un ayudante, pero me dijeron que debía venir yo. Le aseguro que no es tiempo lo que me sobra. Vamos, abra.

El portero titubeó. Miró hacia la pequeña construcción donde había estado hasta entonces atendiendo la entrada principal, y donde había una derivación de los sistemas de alarma y vigilancia, y por supuesto, telefónica conectada a la casa… Cuando miró al visitante pensó que tenía la calidad suficiente para no hacerle esperar fuera, de modo que abrió las verjas.

—Pase usted —pidió—. Llamaré a la casa para que venga alguien a recogerlo y acompañarle.

—Me parece que no le han avisado a usted de mi visita —dijo Sanmartín, siempre hablando un italiano perfecto.

—La verdad es que no, doctor. Pero lo arreglaremos enseguida.

Cuando entraron en la caseta de portería, el hombre que tenía en las manos una revista clavó su oscura mirada en Sanmartín, y luego, interrogante, en el portero, que explicó la situación mientras descolgaba el auricular del teléfono interior. El hombre de la revista era árabe, y para Ataulfo fue de lo más evidente que llevaba una pistola en la axila izquierda. Sin inmutarse, Ataulfo sacó una pequeña pistola plateada, apuntó velozmente al rostro del guardaespaldas africano de Su Majestad Mobe Tonsako, y apretó el gatillo. El hombre respingó, hizo un gesto como para desenfundar su pistola, y cayó rodando al suelo. El portero desorbitó los ojos, abrió la boca para gritar…, y la pequeña ampolla de gas le entró por ella y se rompió dentro, durmiéndolo en el acto. El hombre soltó el auricular del teléfono y se derrumbó como un fardo, mientras Ataulfo Sanmartín agarraba el auricular al vuelo, y se lo llevaba a una oreja.

—¿Pronto? —Oyó.

—Compañía para visita —dijo en italiano. Y colgó.

Se acercó a una de las ventanas, y se quedó mirando hacia la casa, de la cual salieron muy pronto dos sujetos altos y atléticos, también de raza árabe, es decir, más guardaespaldas de Mobe Tonsako. Caminaron hacia la portería…, desde la cual, utilizando varios ángulos visuales, Sanmartín fue examinando el jardín. Dos

hombres y un perro, eso era todo, al menos en aquella parte de la villa.

Cuando los dos africanos estuvieron cerca de la portería, salió de ésta, llevando el portafolios en la mano izquierda y la pistola plateada en un bolsillo del pantalón. Caminó hacia los dos africanos, pero volviéndose hacia el interior de la portería.

—Gracias y hasta luego —dijo en italiano.

Se reunió con los dos hombres, que miraron hacia la portería, titubearon, y tras mirarse dieron la vuelta y se dirigieron hacia la casa. Observados por los dos hombres de vigilancia en el jardín, y hasta por el perro, al que se unió silenciosamente otro impresionante Doberman, llegaron los tres a la casa. Un tercer hombre abrió la puerta, un criado de la villa, evidentemente.

—Diga, señor —inquirió.

—Soy el doctor Tomasini —dijo Ataulfo—, y salvo que me estén gastando una broma alguien de esta casa me ha llamado a consulta.

Los tres hombres le miraban como fascinados.

El vestíbulo era muy amplio, casi palaciego. Al fondo a la derecha había una formidable escalera de mármol. Del techo pendía una araña de cristal que era una auténtica maravilla y que debía de valer una auténtica fortuna… Ataulfo Sanmartín se daba perfecta cuenta de que ninguno de aquellos tres hombres le había creído una sola palabra, pero no entendían nada, no acertaban a comprender qué podía pretender un hombre solo introduciéndose en una quinta vigilada y controlada por todas partes con hombres, perros y material sofisticado.

—Permítanos su portafolios —dijo uno de los africanos, en inglés.

—¿Qué? —Le miró Ataulfo, como si no hubiera entendido.

—Ellos quieren ver su portafolios, señor —tradujo el criado de la casa—… Y me temo que también deberá aceptar usted que lo sometan a un registro personal.

El gesto del «doctor Tomasini» fue de indignación…, pero al mismo tiempo abatía a uno de los africanos de un puntapié en los testículos que casi mató al hombre. El otro respingó, quiso sacar su pistola, y recibió en plena nariz un tremendo codazo propinado por Ataulfo tras un veloz giro que lo colocó en la posición adecuada; un impresionante *ura ken* de karate en la sien fulminó al hombre al

suelo. Cuando el palidísimo criado quiso reaccionar la pistola de Ataulfo ya le estaba apuntando al rostro.

—No se ponga nervioso —recomendó con voz tranquila—. Sencillamente, si no quiere que la casa sea bombardeada, lléveme ante el rey Tonsako. Y nada de palabrería ni tonterías de cualquier otra clase. Camine.

El hombre tragó saliva, miró a los dos caídos, y dando media vuelta se dirigió hada la escalinata…, en lo alto de la cual apareció otro guardaespaldas africano. En el rostro del hombre apareció la sorpresa…, y ya no tuvo tiempo de nada más. Ataulfo le disparó, el hombre sintió el impacto de la pequeña ampolla de vidrio encima del labio superior, y al instante quedó dormido. Pasó rodando escaleras abajo junto al ya aterrado criado, que parecía paralizado. Ataulfo le empujó suavemente, y el hombre reanudó la marcha escaleras arriba.

Llegaron a un pasillo amplísimo y ricamente alfombrado. Había cuatro puertas a cada lado. Más allá, una galería volante sobre el palaciego vestíbulo conducía a otra ala de la quinta, en la que no se veía a nadie.

—¿Dónde está el rey? —susurró Ataulfo.

El criado señaló una de las puertas. Inmediatamente, recibió un golpe en la nuca, exacto en su aplicación, que lo derrumbó sin sentido y sin mayores traumas. Moviéndose siempre como si fuese un robot infalible Ataulfo se desplazó por el pasillo, atento a todo, a cualquier sonido. Pero no se oía nada en parte alguna.

Se detuvo ante la puerta señalada por el criado, y estuvo escuchando unos segundos. Luego, con la misma mano que sostenía el portafolios, asió el pomo de la puerta, lo hizo girar, y empujó.

La puerta cedió, y Ataulfo Sanmartín entró. Se encontró en una habitación amplia, una especie de *suite*; a la derecha había una salita-despacho, y en ella tres árabes, uno de ellos sentado tras la mesa, otro ante él en un sillón, y otro de pie junto al primero, haciendo unas indicaciones sobre unos documentos. Los tres hombres se quedaron mirando estupefactos al visitante, que sonrió y miró al hombre sentado: ni más ni menos que Su Majestad Mobe Tonsako.

Le apuntó con su pistola de balas narcóticas.

—Tengo la quinta rodeada —dijo Ataulfo, en inglés—… Si es

necesario, mis hombres asaltarán la casa, eliminaremos a quien haga falla, y escaparemos en diez vehículos y luego en un helicóptero que tenemos cerca de aquí, conforme a un plan absolutamente infalible y muy bien elaborado. No es ninguna broma, ni admitiré tonterías. Ni la más mínima. ¿Me han entendido?

—¿Quién es usted? —jadeó el hombre que estaba de pie junto al monarca africano—. ¿Qué es lo que quiere?

—Secuestrar a Su Majestad —replicó tranquilamente Ataulfo.

Capítulo VII

Randolph Embury y James Turner estaban más que encantados con la señorita von Karsten. Ella era tan simpática y acogedora que los dos adustos personajes se desconocían a sí mismos riendo las ocurrencias de la aristócrata austriaca, y no parecían muy dispuestos a abandonar su compañía. Les ocurría lo contrario que a Nabil Kombe, el cual estaba profundamente enfadado con la señorita von Karsten.

¿Motivos? Ella debió advertirle la noche anterior, cuando aceptó recibirlo en su camarote, que no estaba en condiciones perfectas para hacer el amor, debido a la presencia del ciclo menstrual. Cuando Kombe supo esto y vio la prueba, mostró su enfado.

—Ya sé que no tiene demasiada importancia, pero debiste decírmelo,

—Creí que no te importaría —se disculpó ella—. Algunas personas no se detienen por esto.

—Pues yo sí —gruñó Nabil, abandonando enfadado el camarote.

Todavía se habría enfadado más con la señorita von Karsten si hubiera sabido que la manchita de sangre que ésta le mostró provenía no del cumplimiento cíclico sino de un pequeño corte que a propósito se hizo Daniela en la yema de un dedo… Pero esto no lo sabía Nabil Kombe, de modo que su enfado era soportable. A fin de cuentas, tenía mucho tiempo por delante para saciar sus deseos del cuerpo de Daniela von Karsten, tras lo cual, y mientras el Afrikaan navegaba hacia Suez, la aristócrata sería arrojada al mar con tal lastre que llegaría al fondo del Mediterráneo, donde permanecería por los siglos de los siglos…

Pero eso sería, tal vez, dentro de unos días. En aquellos momentos, aquel día, la señorita von Karsten gozaba de excelente salud y humor, y lo estaba pasando divinamente con Turner y Embury; es decir, ellos lo estaban pasando estupendamente con ella,

sobre todo desde que, atendiendo la llamada de un marinero del yate, Kombe los había dejado solos en el gran salón rojo.

De todos modos, Kombe no tardó mucho en regresar, y en el acto los tres se dieron cuenta de que estaba excitado.

—Lo ha conseguido —exclamó—… ¡Ese cerdo americano ha conseguido secuestrar a Mobe Tonsako hace unos minutos! ¡Acaba de decírmelo por teléfono!

Daniela se quedó mirándolo con aspecto de estar tan sorprendida y sobresaltada que no conseguía reaccionar. Embury sí reaccionó enseguida.

—Esperemos que no sea una sucia jugada de Sanmartín, señor Kombe.

—No lo creo. No basta con decirlo para que le entregue el dinero: él sabe que tiene que entregarme a Mobe. Ha dicho que puede entregármelo donde y cuando yo quiera, pero que preferiría hacerlo cuanto antes.

—Es lógico que no le guste retener a una persona secuestrada. En cuanto a nosotros también nos interesa aseguramos cuanto antes de que tenemos a Tonsako en nuestro poder. ¿Qué ha convenido con Sanmartín?

—Que me entregue a Mobe esta noche, navegando ambos hacia el sur, a la altura de Anzio. Parece ser que parte del material que adquirió para la operación es una gran lancha en la que cabe mucha gente. Ese demonio tiene en su poder no sólo a Mobe, sino también a sus mujeres y sus secretarios que estaban con él en Roma. Me los entregará a todos en alta mar.

—Ya —reflexionó Embury—… ¿Entiendo que Sanmartín utilizará esa lancha grande para reunirse con nosotros en el mar, llevando a Tonsako, todo su séquito y sus hombres?

—¿Los hombres de Mobe, los guardaespaldas? No, esos los dejarán en lugar seguro en Roma.

—Pero… ¿acompañarán a Sanmartín sus propios hombres?

—Desde luego. Quieren el dinero, y en cuanto lo tengan sus intenciones son navegar directamente hacia Esparta. Creo que pretende desembarcar en la isla de Mallorca y desde allí arreglar las cosas para regresar a Centroamérica como fracasados, y dentro de un tiempo todo el comando se retirará a disfrutar de los millones que habrán conseguido gracias a mí…

¡Perros! ¡No saben lo que…!

—¿Todo eso se lo ha contado Sanmartín? —inquirió Turner.

—Claro.

—Es un hombre muy comunicativo —dijo Embury—… ¿No es eso lo que estás pensando, Jim?

—En efecto.

—¿Qué quieren decir? —miró de uno a otro Nabil Kombe.

—En definitiva, queremos decir que no nos fiamos de Ataulfo Sanmartín. Los hombres como él no son fáciles de tratar. Y tenga en cuenta una cosa, señor Kombe: los hombres difíciles de tratar suelen poner su inteligencia al servicio de causas muy concretas, y no se ciegan por millón más o menos, pues siempre que necesitan dinero saben cómo conseguirlo.

—No entiendo muy bien lo que quieren decir.

—No se preocupe. Deje a Sanmartín de nuestra cuenta. Pero eso sí: debemos estar muy bien preparados todos cuando ese americano y sus hombres aborden el Afrikaan, a fin de hacerlo prisioneros y retenerlos a bordo hasta que nosotros estemos convencidos de que en todo esto no hay gato encerrado.

—¿Gato encerrado? ¡Si trae a Mobe Tonsako no veo dónde podría haber gato encerrado!

—Nosotros somos sus consejeros militares, ¿no es cierto? —deslizó Turner—. Pues déjenos cumplir nuestro trabajo.

—¿Consejeros militares? —exclamó Daniela—. ¡Pe-pero yo… yo creí que eran expertos en agricultura…!

—Me temo que no es así, señorita von Karsten —aclaró Turner—. Somos especialistas o expertos, pero en otras cuestiones.

—Pero… ¿qué… qué está pasando aquí, qué… es lo que están tramando todos ustedes? ¿Qué es lo que pretenden exactamente?

—Todo esto a ti no te importa —dijo rudamente Kombe—. Ve a tu camarote y permanece allí hasta nueva orden. A partir de ahora será mejor que permanezcas quietecita en un sitio donde no molestes.

Daniela von Karsten miró altivamente a Kombe, y dijo:

—Sé de un sitio donde no te molestaré en absoluto: en tierra firme. De modo que desembarcaré y regresaré a Niza; y desde luego no debes preocuparte más por mí, ya me las arreglaré.

—Me parece —dijo amablemente Embury— que usted no ha

entendido la situación, señorita von Karsten: no va a volver a Niza, ni a parte alguna. Es una persona muy inteligente que ha oído demasiadas cosas. Eso aparte, el señor Kombe ya tenía para usted determinados planes de índole personal que no creo esté dispuesto a abandonar.

—Desde luego que no —sonrió cruelmente Kombe.

—Pero… ¿de qué están hablando ustedes? —exclamó Daniela—. ¡Quiero desembarcar inmediatamente!

—Querida —persistió en su sonrisa Nabil Kombe—, las personas como tú no me impresionan. Hace años que trato gente de dinero, gente del poder, gente de la aristocracia, gente de toda clase…, y hay una cosa en la que todos sois iguales: todos queréis hacer siempre simplemente lo que os conviene, incluso cuando esa conveniencia obliga a tratar a tipos como yo, que todo lo que tienen es dinero y exotismo. Cuando las gentes como tú me admitís en la jet set internacional es porque os parece… divertido y extravagante, y porque os hace gracia disfrutar de las fiestas y fantasías de un advenedizo que sólo tiene dinero, no títulos, ni noblezas, ni esas cosas que todavía tienen tanta importancia para vosotros. A mi vez, yo he sabido siempre utilizar a la gente como tú: vosotros conseguís diversión gratis y yo consigo dinero y poder… Y finalmente, tendré tanto dinero, tanto poder, y tanta categoría que incluso los aristócratas como tú tendréis que someteros.

—Me parece que estás desvariando —sonrió Daniela von Karsten.

—Ya veremos si piensas igual cuando yo sea rey —escupió rabiosamente

Nabil Kombe.

—De modo que es eso… Has hecho secuestrar a Mobe Tonsako para ocupar su lugar, para ser tú el rey de Aarb. Pero no basta secuestrar a un rey para ocupar su lugar, no es tan fácil. ¿Cómo esperas conseguirlo? ¿Simplemente diciendo en Aarb que puesto que el rey ha desaparecido ahora vas a ocupar su lugar?

—Ya veo que tu actitud es despectiva. Es decir, que en el fondo no has dejado de despreciarme en ningún momento, has estado considerando que yo soy inferior a ti, sin lugar a dudas. Y debes de sentirte divertida por el modo en que me has estado manejando… Muy bien, sigue divirtiéndote mientras puedas. Pero piensa que sólo

podrás hacerlo hasta esta noche. Esta noche, cuando Sanmartín me entregue a Mobe Tonsako y su séquito, habrá en este barco media docena de mujeres más hermosas y más jóvenes que tú: sus esposas. Y una de las cosas con las que pienso humillar a Mobe es precisamente divertirme con sus mujeres en su presencia…, de modo que a ti ya no te necesitaré, después de hacerte mía sólo durante esta noche.

—¿Hacerme tuya? —alzó las cejas Daniela—. Querido, los hombres como tú siempre resultan no sólo divertidos, sino también grotescos. A mí nadie puede hacerme suya si yo no quiero. Puede, eso sí, violarme, hacer uso sexual por la fuerza con mi cuerpo, pero tenerme, o hacerme suya, sólo lo consigue quien yo quiero, es decir, el hombre al que deseo entregarme. Pero quizá tú no entiendas esto. Las gentecillas como tú creen que lo compran todo con el dinero, y nunca terminan de darse cuenta de que sólo alquilan una comedia en la que él siempre es el principal bufón. ¿Hacerme tuya? Eso, bufón, no lo conseguirás JAMÁS, aunque ensucies mi cuerpo con el contacto del tuyo.

El rostro de Nabil Kombe estaba lívido, demudado. Turner y Embury contemplaban pasmados a la señorita von Karsten, cuya actitud fría y serena era sencillamente increíble.

—Te arrepentirás de todo lo que has dicho —jadeó Kombe—… ¡Y ahora, ve a tu camarote a esperar mi decisión sobre ti!

—Verdaderamente —sonrió Daniela, poniéndose en pie—, eres absolutamente absurdo, querido. Tan absurdo que incluso has llegado a creer que podrás ser rey. Cielos, daría cualquier cosa por saber cómo esperas conseguir semejante maravilla. ¿Acaso piensas hacerte una transfusión de sangre real?

—¡Para ser rey sólo necesito…!

—Señor Kombe —intervino Embury—, ¿me permite decirle que por el momento las cosas ya están bien así? A la señorita von Karsten no le interesan nuestros procedimientos.

—Ni siquiera tienen que decírmelos —miró Daniela a Embury—. Es muy fácil de comprender, sabiendo ahora que ustedes son consejeros militares: se disponen a dar un golpe de Estado en Aarb, para lo cual, previamente, se han apoderado de su rey, privando así al pueblo de su apoyo moral, de su presencia. Incluso es posible que pretendan utilizar al actual rey como… elemento de presión,

amenaza o chantaje contra el pueblo de Aarb. Y por supuesto, querido, siendo Nabil un gran traficante de armas no serán éstas las que faltarán para someter el reino de Aarb a los dictados de su nuevo rey, el bufón Nabil Kombe.

Éste lanzó un grito de rabia, se abalanzó contra Daniela, y quiso propinarle un puñetazo en pleno rostro. Sencillamente, Daniela lo esquivó, con una facilidad y una elegancia que Kombe ni siquiera llegó a comprender, pues acto seguido recibió en plenos testículos un puntapié que lo dejó sentado en el alfombrado suelo, casi desvanecido, con los ojos llenos de lágrimas…, y sin tener idea de lo que había ocurrido.

Por fortuna para él, estaban presentes Embury y Turner. Éste sacó su pistola y apuntó con ella a Daniela von Karsten, sin inmutarse.

—Será mejor que no siga —susurró el británico—. Ha despertado todavía más nuestro interés y nuestra admiración, pero en estos momentos tenemos otras cosas que hacer. Sea tan amable de ir a encerrarse en su camarote.

Daniela apretó los labios y pareció acto seguido a punto de decir algo, pero desistió. En el salón habían aparecido cuatro de los tripulantes del Afrikaan, todos ellos armados, y, aunque no comprendieron qué hacía su amo y señor sentado en el suelo, sí comprendieron que las dificultades provenían, como fuese, de la rubia señorita von Karsten. Embury estaba ayudando

a Kombe a ponerse en pie, y antes de que éste tuviera ocasión de tomar la siguiente iniciativa, miró a los tripulantes y dijo:

—Llévense a la señorita von Karsten a su camarote y enciérrenla en él. Y tengan mucho cuidado con ella en todo momento. Luego organizaremos la recepción al rey de Aarb y sus secuestradores…

* * *

En el lugar convenido, sobre las oscuras aguas en las que la luna ponía como un corte de plata, las dos embarcaciones se reunieron, quedando una junto a la otra, parados los motores. La lancha “grande” en la que había llegado Ataulfo Sanmartín con sus hombres y sus prisioneros parecía un juguete junto al imponente yate de Nabil Kombe.

El primero en subir a bordo del Afrikaan fue Sanmartín, al que recibió el propio Kombe, que estaba ansioso por asegurarse de que, en efecto, el centroamericano ponía en sus manes a Mobe Tonsako y seis de sus esposas, y que por tanto no era ninguna jugarreta extraña.

No parecía serlo, de ninguna manera, porque, en efecto, el rey de Aarb, Su Majestad Mobe Tonsako no tardó en subir a bordo del Afrikaan, seguido de sus mujeres. Y nada más ver a Nabil Kombe el rey Tonsako comenzó a hablar airadamente con él en su idioma, a lo que correspondió Kombe con una actitud burlona, irónica. Un poco apartados, evidentemente todavía incrédulos y desconfiados, los asesores militares Randolph Embury y James Turner observaban a los personajes a medida que iban llegando a bordo utilizando la escalerilla de plástico adosada al costado del barco.

Finalmente, todas las personas de la lancha se hallaron a bordo del Afrikaan, y fue entonces cuando Turner y Embury tomaron parte activa en la recepción conforme a sus propios planes. Los dos se colocaron detrás de Ataulfo Sanmartín, le sujetaron por los brazos, y al mismo tiempo clavaron en su espalda las bocas de fuego de sus pistolas.

—Dígale a sus hombres que entreguen las armas —ordenó Embury.

Sus palabras las oyeron todos, pese a la todavía airada protesta por parte de Mobe Tonsako. Se hizo el silencio súbito. Roque fue a decir algo, pero justo entonces aparecieron doce de los tripulantes del yate empuñando subfusiles con los que apuntaron al grupo. Las miradas de los centroamericanos fueron todas hacia su jefe, Ataulfo Sanmartín.

—Será mejor que obedezcamos, muchachos —dijo Ataulfo, al parecer divertido—… Vamos a tomarnos las cosas con calma mientras el señor Kombe reflexiona y comprende lo que le conviene.

—¿Cree que está en situación de amenazarme? —le habló despectivamente Kombe.

—Si se molesta en contar mis hombres —dijo amablemente Ataulfo— se dará cuenta de que no hay nueve, sino ocho. Ahora, usted tiene que preguntarme dónde está el que falta.

—¿Dónde está?

—En Roma. Si al amanecer no nos hemos reunido con él llevando el dinero llamará a varias emisoras de radio y televisión para informarles de que el rey de Aarb ha sido secuestrado y que en esos momentos se halla a bordo del yate Afrikaan, del señor Nabil Kombe, el cual, indudablemente, tiene intenciones de conspiración hacia su rey y su país.

Para entonces, Embury había contado ya los hombres que acompañaban a Sanmartín, y soltó un gruñido.

—Son ocho, en efecto —dijo.

—Maldito sea —jadeó Kombe, descompuesto el rostro por la ira.

—¿Qué esperaba? —le miró sorprendido Ataulfo—. ¿Jugar con nosotros como si fuésemos niños tontos?

—¿Dónde, de Roma, podemos encontrar a ese hombre que falta? —inquirió Turner.

—No tengo la menor idea —le miró Ataulfo—. Somos nosotros nueve quienes debemos estar antes del amanecer en la casa que alquilamos. Si él, que va en coche de un lado a otro, no nos ve llegar, comprenderá que, como era de temer, el señor Kombe se ha pasado de listo. Pero estamos seguros de que los nueve vamos a regresar. ¿Verdad, señor Kombe? A usted no le importará pagar unos cuantos millones más, y nosotros no tenemos interés en guardarle rencor. De modo que entréguenos el dinero y aquí nos despedimos.

Kombe miró no poco inquieto a Turner y Embury. Éste lo tomó de un brazo y se lo llevó aparte. Se oía el rumor del mar, el crujido de las pequeñas olas contra el casco del Afrikaan.

—Tendremos que modificar un poco los planes —dijo Embury —. Deles el dinero a esos hombres, y que regresen a Roma…, pero nosotros navegaremos tras ellos. Vamos a dejarles que lleguen a la casa a la cual espera verlos llegar el que falta. Cuando estén juntos los diez los haremos picadillo.

—Pero… ¿cómo vamos a poder hacerlo? Si los dejamos marchar…

—Los vamos a dejar marchar, pero dentro de una bolsa del dinero colocaré un emisor de señales. Si no permitamos que esos hombres se alejen de nosotros más de cinco millas, sabremos en todo momento dónde están. Podremos atraparlos a todos en esa casa. Tenemos el inconveniente de perder unas horas de navegación

hacia Aarb, pero ya recuperaremos el tiempo o adaptaremos la acción a las nuevas circunstancias.

—¡Malditos hijos de…!

—Escuche, no interesa perder el tiempo en desahogos que a nada conducen. Simplemente, hagamos lo que le he dicho, o no respondo de que nuestros planes terminen como todos deseamos. Y no nos culpe a nosotros de todos estos contratiempos, ¿de acuerdo?

—Está bien —se resignó Kombe—… Lo haremos así. ¡Pero quiero que todos esos perros sean eliminados cuanto antes!

—Tranquilícese —sonrió Embury—. A nosotros nos han destinado junto a usted para dirigirlo todo y asegurarnos de que nada falla, y eso es lo que vamos a hacer.

Aunque Ataulfo Sanmartín pareció desconfiar, lo cierto fue que poco después tenía en su poder todo el dinero, que Kombe había mantenido oculto en cierto lugar del barco. Mobe Tonsako, sus esposas y su séquito habían sido encerrados en una de las dependencias de servicios del Afrikaan, y los hombres de Ataulfo Sanmartín, que habían permanecido tan silenciosos como éste observando la llegada de los paquetes y bolsas conteniendo el dinero, comenzaron a descender a su lancha a una seña de Ataulfo, llevándose entre todos el dinero ofrecido por la operación.

—Sólo una pregunta, Sanmartín —dijo Embury, cuando ya Ataulfo se disponía también a pasar a su lancha—: ¿cómo lo hizo? ¿Cómo secuestró a Mobe Tonsako?

—De una manera muy simple…, aunque el plan ofrecía dos alternativas. Una de ellas era invadir la villa con todos mis hombres, disparando balas narcóticas contra todo bicho viviente hasta llegar al rey… Pero esta alternativa sólo debía utilizarse si fallaba la primera.

—¿Que consistía en…?

—En entrar yo solo en la villa, llegar hasta el rey Tonsako, y hacerle comprender que si él no venía a las buenas conmigo mis hombres tomarían la villa, realizarían la gran masacre, y de todos modos nos lo llevaríamos.

El rey Tonsako se avino a razones, reunió a todo el personal de la villa, los encerramos en una habitación, y los dejamos dormidos con cápsulas de gas. Luego, simplemente, nos marchamos con Su Majestad, sus esposas y el séquito oficial.

—Supongo que no está bromeando.

—No. Y ya que yo he contestado una pregunta suya espero que usted conteste una mía: ¿dónde está la señorita von Karsten?

—Encerrada en un camarote —sonrió Embury—. El señor Kombe se enfadó con ella, y la tiene allí a la espera de tomar… decisiones.

Ataulfo Sanmartín asintió, y sin más descendió a la lancha, cuyos motores ya estaban en marcha.

La lancha partió, rumbo a Lido di Ostia. Turner y Embury, junto a la borda, la contemplaban alejarse. El aire era frío en verdad, penetrante, se iba tornando insoportable… Los británicos se volvieron al oír la excitada voz de Kombe, que regresaba junto a ellos.

—¡Vengan conmigo! —pedía el africano—. ¡Ha ocurrido algo que no consigo comprender!

Turner y Embury se miraron, y sin comentar nada acompañaron a Nabil Kombe al interior del yate, que seguía al pairo en las oscuras aguas mediterráneas. Cuando llegaron al salón vieron a varios hombres de Kombe rodeando algo que yacía sobre la alfombra. Ese algo era el cuerpo de un hombre. Un hombre muerto.

—Es Malik —explicó Kombe—, uno de mis acompañantes. Creíamos que me había robado doscientos mil dólares que tenía en la caja fuerte, y que se había marchado del barco… ¡No entiendo nada!

Embury se había acuclillado junto al cadáver de Malik, y observaba sus facciones, deformadas por los tapones de ropa que se veían introducidos en su boca y fosas nasales. Pese a esto, el cadáver desprendía un cierto hedor inevitable. Es decir, que alguien había taponado las fosas nasales y la boca…, y hasta los oídos de Malik, para evitar el hedor de la muerte, y luego, evidentemente, había escondido el cadáver.

—¿Dónde lo han encontrado? —preguntó Embury, irguiéndose.

—Estaba debajo de un sofá del salón azul —explicó Rakir—… Uno de los servidores del yate estaba arreglando cosas por allí, comenzó a oler a muerto, y sorprendido nos llamó a Otar y a mí, que desplazamos el sofá y encontramos a Malik.

—Pero… ¿quién ha hecho esto? —jadeó Kombe—. ¡Maldita sea, estoy rodeado de traidores…!

—Nada de eso —dijo Turner—. Tranquilícese y deje este asunto en nuestras manos. Ocúpese de ordenar que el yate navegue de regreso a Lido di Ostia, y advierta al personal encargado del receptor de señales que si la lancha de Sanmartín se aleja más de cinco millas lo perderemos.

—Pero… todo esto de Malik…

—Ya le he dicho que lo deje en nuestras manos. Vamos, Rand.

Los dos británicos abandonaron el salón. Poco después llegaban al camarote de Daniela von Karsten, ante el cual había un hombre armado, poco menos que muerto de aburrimiento. Turner le pidió la llave, abrió la puerta, y la empujó, pero sin entrar.

—Póngase donde podamos verla —dijo desde el pasillo—. Nosotros no somos tan fáciles de manejar como Malik, señorita von Karsten.

Transcurrieron quizá cinco segundos antes de que, lentamente, apareciese Daniela de detrás de la puerta, caminando hacia una butaquita. Turner y Embury sonrieron burlonamente, ambos sacaron sus pistolas, y entraron, cerrando la puerta.

—Se disponía a atacarnos, ¿no es cierto? —inquirió Embury—. Tal como hizo con Malik.

—Ah —sonrió gélidamente Daniela—, ¿ya lo han encontrado?

—Olía muy mal, pese a los taponamientos que usted le hizo… Por favor, siéntese en esa butaquita y no se mueva. Al decir que no se mueva quiero decir que ponga sus manos sobre las rodillas y que a partir de ese momento no haga gesto ni movimiento alguno. ¿Me ha comprendido?

—Desde luego —dijo Daniela, obedeciendo, sonriente.

Los dos británicos la contemplaban con gran fijeza, como fascinados. Ella sonrió de nuevo.

—¿Ni siquiera puedo fumar? —solicitó.

—No.

—Miren, a cambio de un cigarrillo les puedo contar la más grande historia jamás imaginada. Una historia que podríamos titular CONSPIRACIÓN DE GENTES QUE DEBERÍAN ESTAR EN EL INFIERNO. ¿Les interesa?

Randolph Embury encendió un cigarrillo, y se lo entregó a Daniela, que le sonrió cariñosamente, y señaló el lecho. Embury se sentó en el borde, y Turner lo hizo en la otra butaquita.

—Había una vez un hombre muy ambicioso, llamado Nabil Kombe, que estaba harto de no ser todo lo importante que él deseaba. Para ser “importante” estaba dispuesto a cualquier cosa, de modo que ya desde jovencito se inició en los más sucios negocios del planeta, tales como trata de blancas, tráfico de drogas y de armas, apoyo y financiación de revueltas de todas clases, sabotajes, atentados terroristas… Finalmente, como era de esperar, ese hombre fue detectado por algunos servicios secretos, entre ellos, naturalmente, la CIA, que se dispuso a eliminarlo. Pero se encontraron entonces con que el señor Nabil Kombe se les ofrecía en cuerpo y alma: estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de seguir viviendo y seguir medrando para ser cada vez más importante en todo el mundo. ¿Aceptaría convertirse en un títere de la CIA?, le propusieron. El señor Kombe aceptó inmediatamente, y a partir de ese momento ha sido uno de los más importantes personajes colaboradores de la Central Intelligence Agency. A cambio de esto, no sólo ha conservado la vida, sino que, por supuesto con el respaldo y asesoramiento de la CIA, ha ido introduciéndose en el gran mundo de las finanzas, el arte, la guerra, la política… De un advenedizo que quería alcanzar la Luna con sus sucias manos, la CIA hizo un magnate con grandes influencias adquiridas en todo el planeta. Para resumir, digamos que el señor Nabil Kombe se había convertido en uno de los… elementos más útiles de la más siniestra organización de espionaje del mundo: la CIA.

¿Me van comprendiendo?

Los dos británicos asintieron, en silencio. Daniela von Karsten sonrió de nuevo, fumó, y tras reflexionar durante unos segundos, prosiguió:

—Sin embargo, en determinado momento, la CIA se vio envuelta en un problema desagradable: habían estado enviando armas a Centroamérica, pero algunos agentes de la KGB descubrieron el asunto y lo denunciaron a la información mundial…, por supuesto sin decir que era la KGB quien ponía en marcha esa denuncia. ¡Vaya otros, también, los muchachos de la KGB! En fin, el resultado fue que Estados Unidos fue responsabilizado CON RAZÓN, de ser instigador, patrocinador y proveedor de gran cantidad de armas para determinada acción de revuelta centroamericana. Era una…

acción tan poco decente que Washington se apresuró a negarla. Cielos, qué barbaridad, ¡cómo podía pensar alguien que Estados Unidos estuviera involucrado en semejante cosa! Y para que todo fuese más creíble, la CIA “descubrió” que el causante de todo, el perverso traficante de armas, no había sido la CIA siguiendo órdenes de Washington, sino… ¿Quién? ¡Pues quién había de ser, sino el siniestro señor Nabil Kombe! Pasmo en el mundo. ¿Cómo, cómo, cómo…? ¿Que el señor Kombe era un siniestro traficante de armas? Esto lo sabían muchas personas, claro que sí, pero no la gente corriente, la gente del pueblo. Y resultó que era verdad que el señor Kombe, entre otras cosas, traficaba en armas. Bueno, pero… ¿había sido él quien había enviado una gran partida de armas a Centroamérica? Pues resultó que sí, ya que el propio señor Kombe, cuando la CIA lo descubrió, lo admitió, y dijo que no había para tanto, etcétera. Así que el señor Kombe aceptó la culpabilidad de aquel inquietante asunto, y se alejó de aguas y tierras americanas. Poco después, encontramos al señor Kombe dispuesto a una acción que le habría de convertir en rey de un riquísimo país africano empapado en petróleo… ¿Les cuento el final, o ya tienen bastante?

—Siga, por favor —murmuró Embury.

—Muy bien. Resulta que el señor Kombe hizo un acuerdo especial con la CIA: él cargaba con todas las culpas del asunto centroamericano, pero quería ser rey de su país, y para conseguirlo la CIA tenía que ayudarle. De modo que llegaron a un acuerdo. Puesto que en Aarb todavía están ciertas armas que un día enviaron Estados Unidos (pues las de Centroamérica son otras, claro está), se le sugirió a Nabil Kombe que organizase un… ejército adecuado de seguidores, y, con aquellas armas de las que debían previamente apoderarse, efectuar la revuelta y hacerse con el poder en Aarb. Una vez instalado en el trono en Aarb, el señor Kombe sería reconocido como soberano de Aarb por los Estados Unidos de América, como gran representante de la democracia en el oriente africano. A cambio de todo esto, el señor Kombe, por supuesto, seguiría estando bajo las directrices de la CIA por un lado, y cediendo a Estados Unidos su petróleo, por otro. Llegados a este acuerdo, sólo quedaba apoderarse del trono de Aarb. ¿Sigo?

—Ya que ha empezado…

—Voy a terminar. Para apoderarse del trono de Aarb debía

llevarse a cabo la revuelta armada, así que el señor Kombe precisaba de alguien que supiera orientarlo adecuadamente en su acción digamos bélica, a fin de controlar desde el primer momento la situación y derrotar sin problema alguno a los pocos, fieles, pero poco preparados militares de Aarb. De modo que la CIA, o cualquier organismo de… labores secretas de los Estados Unidos, le envió al señor Kombe dos auténticos expertos en revueltas para que le aconsejara. Y estos dos expertos le aconsejaron que, para evitar innecesarios derramamientos de sangre, sería buena idea apoderarse primero del rey Tonsako, dejar inerme y desmoralizado al pueblo aarbiano, y, simplemente, armados pero sin realizar masacres, apoderarse del trono. Y en eso estamos, caballeros. Dicho más claramente, para que no tengan dudas: ustedes no se llaman como han dicho llamarse, ni son británicos, sino que son norteamericanos y trabajan para la CIA o algo similar de los Estados Unidos.

—¿Y usted quién es? —suspiró Randolph Embury.

—Me parece —sonrió la encantadora aristócrata— que ustedes ya lo han adivinado, Simón y Simón. Es decir, Simón I y Simón II.

Los dos hombres palidecieron al oírse llamar así, y quedaron como convertidos en hielo. La señorita von Karsten seguía fumando apaciblemente, mientras los contemplaba.

—¿Y si se estuviera equivocando? —susurró por fin Turner.

—Si me estoy equivocando, y ustedes no son Simón I y Simón II, a quienes el cruel destino ha colocado enfrentados a mí debido a los turbios manejos de la CIA, podemos dar por cierta mi muerte. Porque lo seguro es que ustedes dos no son personas de la vida corriente, ¿verdad? Ustedes dos saben perfectamente lo que significa el nombre de «Baby», así que si no son dos de mis Simones trabajando en labores sucias, si no son dos de mis muchachos del Grupo de Acción, tienen que ser realmente mercenarios británicos o de cualquier otra nacionalidad, gente al auténtico servicio de los intereses de Nabil Kombe; si no son dos de mis Simones significaría que yo me he equivocado al acusar a Estados Unidos de ese tráfico de armas en Centroamérica y a Kombe de ser sólo un bufón, un fantoche al servicio de los intereses yanquis… Y si me he equivocado, claro está, significa que ustedes son dos personas ajenas a lo que significa la palabra “Baby” cuando se habla de

espionaje. Y por tanto, no tienen más remedio que matarme, porque nadie en su sano juicio dejaría viva a una mujer que sabe tanto como yo, sea o no sea “Baby”. De modo que eso es todo: si ustedes no son de la CIA, mi vida ha terminado.

Daniela von Karsten ya no dijo nada más.

Embury y Turner seguían pálidos e inmóviles, sosteniendo cada uno su pistola en la mano. La señorita von Karsten esperó casi un minuto, el tiempo que tardó en terminar el cigarrillo. Entonces, se puso en pie, se acercó a Embury, y le quitó suavemente la pistola de entre los dedos, haciendo lo mismo acto seguido con Turner.

Ninguno de los dos hizo resistencia, ninguno de los dos se atrevió a sostener la mirada de la señorita von Karsten.

Daniela dejó las pistolas sobre la cama, sacó del armario el maletín rojo con florecillas azules estampadas, y de éste la pequeña radio que sacó del doble fondo supersecreto, así como un suplemento para largo alcance. Acto seguido, efectuó la llamada.

En el acto sonó en la pequeña radio la voz de Ataulfo Sanmartín:

—Espero que seas tú quien está llamando.

—Sí, soy yo, mi amor —sonrió la señorita von Karsten—. Todo cuanto sospeché es cierto.

—O sea, que nos hemos metido en un pozo de mierda de la CIA. En uno de los pozos de mierda de tu maldita CIA.

—No todo es mierda en la CIA —dijo Daniela, mirando a los abatidos Embury y Turner—. Bien, tú y tus amigos italianos podéis asaltar el Afrikaan cuando queréis. Nosotros tres…

—¿Qué vosotros tres? ¿A quiénes te refieres?

—A mis dos Simones y a mí. Nosotros tres procuraremos quitar de en medio algunos hombres de Kombe, pero aunque queden muchos no tendrán nada que hacer contra vosotros si les falta la dirección de mis dos Simones. De modo que podéis tomar el yate con gran facilidad.

—Siempre y cuando lo encontremos al pairo, no navegando a treinta nudos por hora —condicionó Ataulfo Sanmartín.

—Mis Simones se encargarán de eso, poniendo fuera de combate a los marineros aptos para el mando del barco, y provocando alguna avería. Luego, nos reuniremos con el rey Tonsako, sus esposas y sus amigos a fin de protegerlos impidiendo que Kombe intente asesinarlos.

—De acuerdo. Nos veremos dentro de unos quince minutos… ¿Estás bien? ¿Bien de verdad, bien del todo?

—Absolutamente bien de verdad y del todo. Te estamos esperando.

Cerró la radio, recogió las pistolas, y las devolvió a Embury y Turner. Éste la miró por fin a los ojos, y movió la cabeza hacia la radio, que había quedado sobre la cama.

—Ese Sanmartín… es Número Uno, claro.

—Claro. No podía recurrir a mis Simones normales para atender este asunto tan sospechoso, así que una vez más, Número Uno me ha apoyado. Pero no se lo digan a Kombe —sonrió de pronto—: prefiero que siga pensando que me violaron ante sus ojos. Bien, tomen su decisión: o con Kombe o con Baby… O con toda la mierda de la CIA, o con su compañera la agente Baby.

Ni siquiera se lo pensaron.

Simplemente, los "británicos" Turner y Embury se pusieron en pie, y el primero abrió la puerta, salió, y fulminó al hombre que había en el pasillo de un tremendo puntapié en los testículos.

—Yo me encargo de detener el yate —salió Embury al pasillo—. Tú no la dejes sola a ella en ningún momento.

—Okay. Reúnete con nosotros y con el rey Tonsako cuanto antes.

—Y tenga cuidado —sonrió Daniela von Karsten—. No quisiera que este trabajo terminase en lágrimas, como tantos otros.

Este es el final

Nabil Kombe todavía no sabía qué había ocurrido exactamente cuando, por fin, fue llevado al salón azul, donde la señorita von Karsten se hallaba sentada aristocráticamente en el centro del suntuoso sofá.

Como en una pesadilla atroz recordaba que el yate se había detenido, que algunos de sus tripulantes habían sido puestos fuera de combate, que sus consejeros británicos no aparecían por parte alguna, y que, finalmente, la lancha con Sanmartín había regresado a su encuentro.

Luego, sólo recordaba que desde la lancha les lanzaron unas granadas, y que él se había dormido.

Ahora, despierto pero pensando que todavía se hallaba inmerso en una pesadilla, estaba ante Daniela von Karsten, junto a la cual, contemplándole pérfidamente, se hallaba Ataulfo Sanmartín. Más allá, de pie, Turner y Embury…

No entendía nada.

—En cuanto al rey Tonsako, y a fin de no complicar más las cosas —dijo Daniela tranquilamente—, le haremos creer que, en efecto, todo era una conspiración de usted, asesorado por mercenarios de la guerra, para ocupar su trono. Una cosa es que desbarate una más de las porquerías de la CIA y otra cosa que yo misma atente contra el relativo buen nombre de mi patria.

—¿Austria? —Se pasmó Kombe—. ¿Qué… qué tiene que ver Austria en todo esto?

—Menos que el tal Der Munke, con el cual ya estaba usted en tratos para vender petróleo a Holanda a escondidas de Estados Unidos cuando ya fuese rey. Santo cielo, ¡qué caterva de embusteros, canallitas y conspiradores! En fin, ya sólo me queda por darle un recado, señor Kombe.

—¿Un recado? ¿De quién?

—De un querido amigo mío llamado Frankie. Cuando nos despedimos en Nueva York me dijo: además de lo que le hagas a ese puerco, métele un balazo en las tripas de mi parte.

—No… Tú no vas a hacer eso, Daniela… ¡Claro que no!

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Daniela von Karsten.

—Eso sería… un asesinato…

La señorita von Karsten quedó absolutamente pasmada ante semejante cinismo por parte de un grandioso criminal.

Movió la cabeza como quien no comprende nada, se quitó las lentillas de contacto, causando un pasmo más en Nabil Kombe, y tendió la mano izquierda hacia Ataulfo Sanmartín, que puso en ella una imponente automática.

Con esta arma, la agente Baby apuntó al vientre de Nabil Kombe, y disparó.

Cuando, desde el suelo, Kombe la miró con expresión agónica, la señorita von Karsten dijo:

—Es que si te hubiese disparado con mi pistola quizás habrías sobrevivido a la herida, y estoy segura de que entonces el buen Frankie se habría enfadado conmigo.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Subasta en Capri*. <<